



EL  
CARDO  
DE  
BRONCE

CUADERNOS LITERARIOS DEL GRUPO "JARAIZ"

TOMELLOSO

# EL CARDO DE BRONCE



**Nº. XVII**

Cuadernos de Poesía y Pensamiento del Grupo Artístico y Literario "Jaraíz" al cuidado de Tomás Casero Becerra, Leopoldo Lozano y Manuel Moreno

Redacción y Administración: Ciudad Real 29  
Tel. (926) 511084, 13700 TOMELLOSO.- (Ciudad Real)

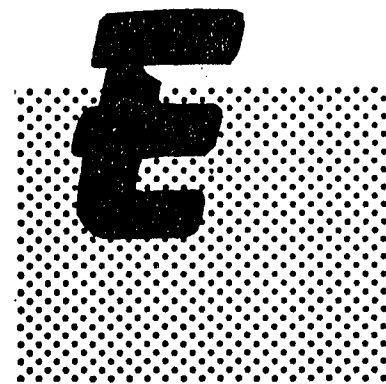
Director: Valentín Arteaga; Ardemáns, 30  
Tel. (91) 256-24-22; 28028 MADRID.-

Año III, Núm. XII, Invierno, 1987.  
Depósito Legal: Ciudad Real, 832/85.

# **PRESENTACION**



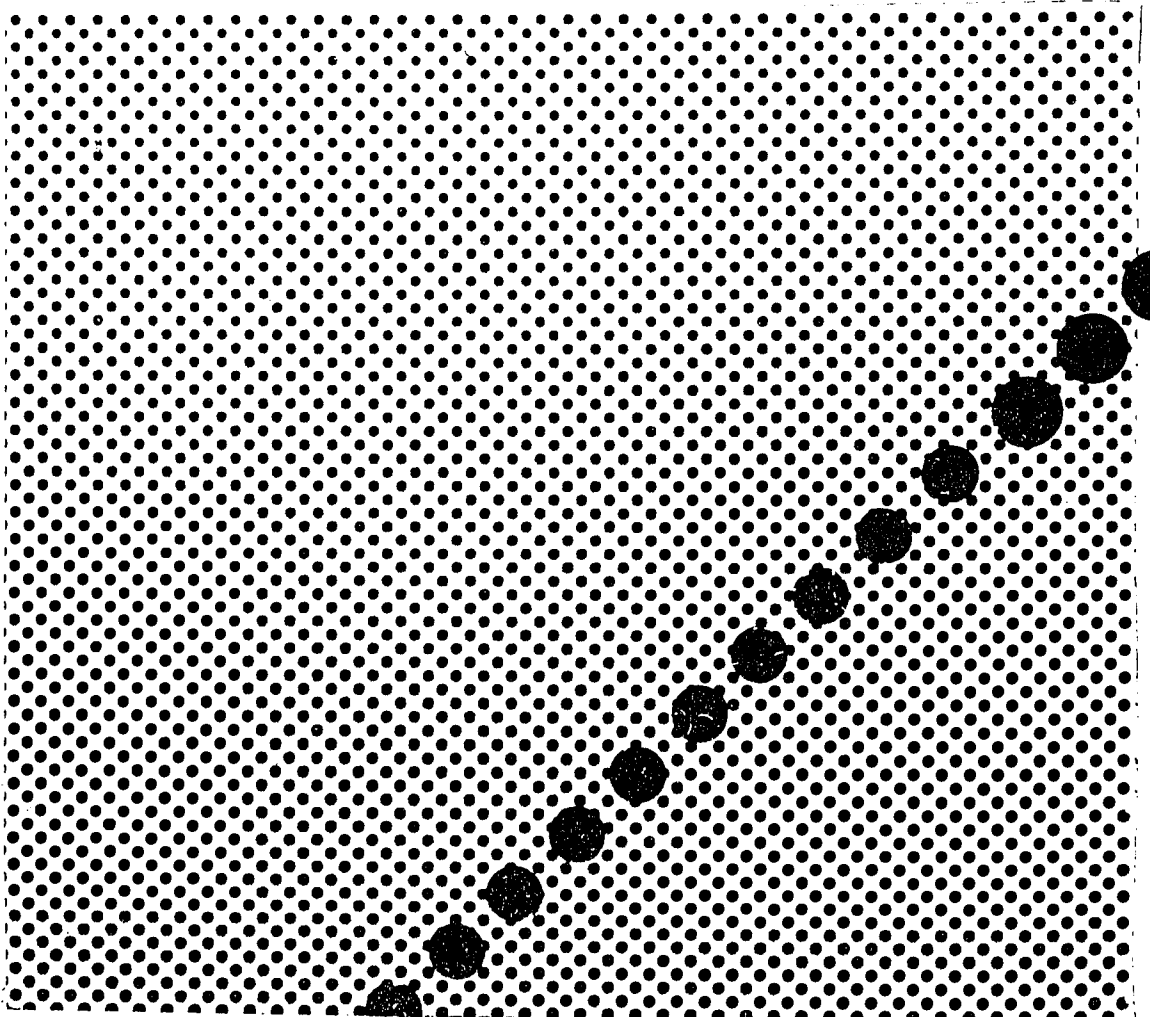




n el fondo el poeta es un "peregrino" de palabras y un rastreador de sorpresas. Cuando tiene la fortuna de encontrarse delante de cualquiera de estas últimas, se turba, como un niño que advierte el inefable y misterioso temblor de la inocencia, y se afana por rebuscar en el zurrón de su lenguaje aquel vocablo en que pueda caber siquiera sea algo de ese tumulto de pasión desabrochada. Unas veces lo logra, otras no. Es muy difícil el quehacer poético. Hay que estar previamente "elegidos" por la poesía para conseguir el ajuste entre forma y contenido. Ambos son esenciales. El "peregrino" de palabras que es el poeta sabe perfectamente que, en realidad, no existe "a priori" un vocabulario intrínsecamente lírico. Todos los verbos, todos los adjetivos, todos los nombres pueden, en cualquier instante, arder; pero, ay, cuándo y cómo hallar a mano, y de súbito, la llama que los queme con su fuego sagrado que, como el de la zarza bíblica, no se consume. Aquí reside lo arduo de la tarea, porque no toda "inspiración" cabe en cualquier palabra. De ahí la necesidad del rastreo lírico, del esfuerzo sobrehumano, casi sobrenatural y religioso del buscador de sorpresas. La tarea del poeta tiene mucho de milagro, de arrebatado encantamiento, de éxtasis infinito. Muchos hombres dominan magistralmente el idioma, viven experiencias interiores muy ahondadoras y virginales, pero son incapaces de elevar el vuelo un verso. No es cuestión de normas, reglas, estructuras, preceptivas, recetarios, sino, sobre todo, de exaltación y exultación, de religiosidad "sui generis". La poesía es una forma de religión, y esta es verdadera cuando nos conduce, de la mano, delicada o fuertemente, a la cima del entusiasmo, allá donde los seres se desnudan de cotidianidad tópica, de adherencias extralíricas. En todas las cosas hay poesía. Ellas en sí son evocadoras, llevan dentro una posibilidad de "revelación", son portadoras de mensaje, cantan y encantan por dentro, son espejos delante de los cuales es posible reconocerse; pero no todos poseen la clave. Se requiere lograr extraer de lo visible lo invisible, saber escuchar entre las voces una, eliminar todo cuanto es común, repetido, manoseado. Y bucear en los orígenes. Se es original cuando se siente uno depositario de la gracia inmerecida y gloriosa de adentrarse en los principios, allá donde las aguas primerizas son movidas por el espíritu. El poeta no es un simple vociferador de sentimientos vacíos o de palabras huecas, ni un vendedor de mercancías oportunistas, saldos de ocasión, rebajas de enero, halagos superficiales, cósquillas al oído. El poeta viene y va por la raya del desconcierto, fronteriza su travesía por el universo de las divinidades, pero hombre al fin entre cielo y tierra, solitario en su soledad diferente, gratuito y necesario, hijo de su pueblo y exiliado de su tribu, emparentado, sí, con los hombres y mujeres que, como él, forman una comunidad de futuro, llevan entre las manos el despropósito del anhelo del más, la añoranza interminable del universo nuevo, de los ventanales de par en par a la utopía. Todas las procesiones individuales de

los poetas se congregan alguna vez, serán una sola procesión en algún momento de esta historia de esperanza.

Ahora mismo está ya casi comenzando a ser luminosamente cierta esta afirmación. Los poetas del mundo entero se van uniendo unos a otros. Perciben casi la misma música y les envuelve el mismo resplandor. Están gozosamente y, hasta en ocasiones, sufrientemente convencidos de que les enlaza un parentesco espiritual. Son hombres y mujeres de una era por venir. Son las nuevas fraternidades de una religión hasta cierto grado inédita, cargada de densidad metafórica, contestatarias del orden establecido y compuestas de mujeres y de hombres libertos, que, en su existencia común, pasan por ser hombres y mujeres normales, mas no lo son; son peregrinos de palabras, rastreadores de asombros iniciales, elegidos adrede por la poesía, para que, en silencio, con humildad, de puntillas, como quien no quiere la cosa, audaces, jamás desalentados, puedan ir introduciendo el ascua en la ceniza aún, la rosa en el fusil, la alegría en los velatorios, el mañana en el presente, el amor en el despotismo, en la seriedad de los adultos el juego de los niños, el pan sobre la mesa, en los vasos el vino... y todo ello de manera "poética", o séase, con talante gestual y revelador, valiéndose de la palabra, que no acepta un uso desmañado y torpe, antes bien propone su propia liturgia, su trato justo y convincente, porque ella, cada una de ellas, llega de remotas emociones, de antiguos y hondos sentimientos colectivos, y se resiste a ser desvelada sin miramientos. Ah, esa delirante lucha entre el hombre y el ángel a la hora del trabajo y la inspiración, del escuchar y el tener que decir, el esfuerzo denotado por conseguir el ritmo claro y preciso en el fondo y la forma, cuando el poema trata de desasirse y sujetarse a la vez, dominar y ser dominado como en un acto de amor. Estamos ante una experiencia inefable, ante una gratuidad necesaria, y un oficio que bien merece por parte de los otros hombres, sus destinatarios, una acogida reverente.



# SUMARIO

TRADUCCIONES DE POEMAS:

Salvatore Quasimodo, por Manuel Moreno.

ESTUDIOS:

"La poesía disidente de Antonio F. Molina", por Valentin Arteaga.

"La gran metáfora de Castilla en Octavio Uña", por Florencio Martínez Ruiz.

POEMAS DE:

Valentín Arteaga, Javier Campos, Antonio F. Molina, Alejandro López Andrada, Enrique López Buil, Antonio Matea, Jesús Martín Rodríguez, Manuel Moreno, José Repiso Moyano.

PLIEGO DE POESIA:

"Círculo de la tierra", de Federico Gallego Ripoll.

"VASAR Y EMPOTRO DE JARAIZ"

"Ante una exposición de pintura del pintor Francisco Valbuena, por Valentín Arteaga.

"Sobre "Jarvis" y la narrativa de Lorenzo Martín del Burgo", por Juan Bonilla Gago.

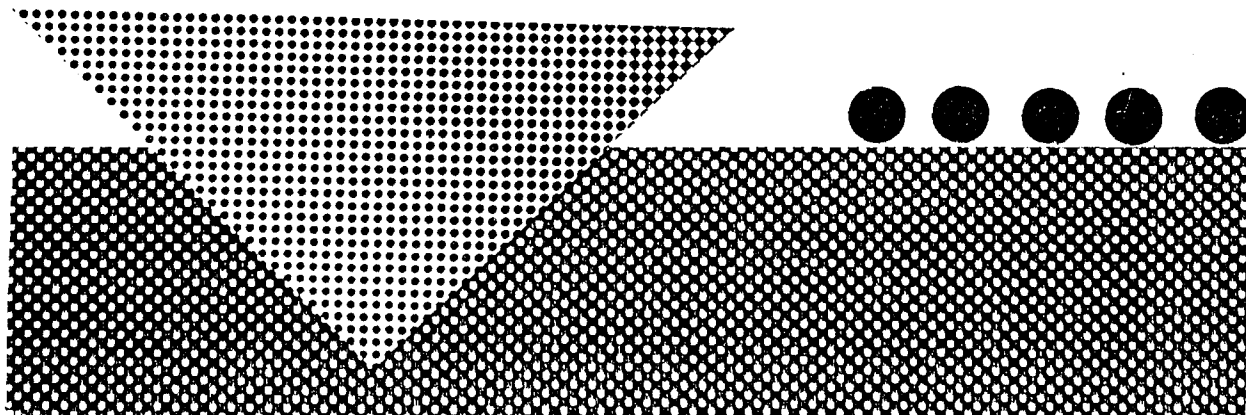
"Antología del Grupo Guadiana", por Antonio González-Guerrero.

"Labrantíos del mar y otros poemas", por Pedro Lahorascala.

Siete libros alineados en nuestro vasar, de:

Manuel Ríos Ruiz, Vicente Núñez, Carlos Vitale, Rosa Díaz, María Pilar de Ibarra, Manuel J. Ruiz Torres, Octavio Uña.

Dibujos Pliego de Poesía: Juan Sánchez.



# TRADUCCIONES



En 1931 Montale escribía: "Al poeta que, según parece, ha embocado conscientemente el camino de un arte cerrado a la inteligencia y al amor de la mayoría, de ningún modo queremos darle consejos. ¿Sabrá alimentar una poesía de semejante naturaleza con todo el renunciamiento, el ardor cerrado y el sacrificio que ella exige?".

Nada mejor podría expresar la potencia de la llama liminar, la honda luz que desde el corazón del poeta chorrea la poesía inicial, trémula de Salvatore Quasimodo, la que constituye el ciclo llamado "hermético".

Así fue bautizado un grupo de poetas por Francesco Flora a principios de los años treinta, poetas de un italiano muy complejo, sintagmático, formalmente riguroso y abierto a las vanguardias europeas.

En la Italia del periodo de entre-guerras existieron dos claras tendencias: La que propugna la participación política, cuyo máximo exponente es G. D'Annunzio, hegemonía que empieza a derrumbarse a partir de 1918. El movimiento hermético comienza como reacción a su poética y a su lenguaje. El movimiento es acusado de psicologismo, individualismo. En definitiva constituye una poesía que responde a una rica profundidad interior.

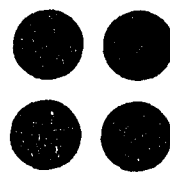
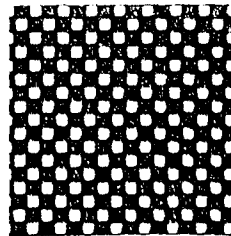
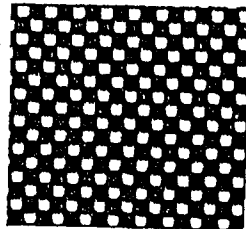
En 1916, Ungaretti publica "Il porto sepolto", que vino a constituir una especie de manifiesto hermético sobre la guerra, sus horrores, y los hijos de la guerra, no obstante, jamás vendrá desde el lado ideológico. La literatura es concebida como vida, como una vida interior y transformadora de la realidad. La escuela hermética jamás se definió programáticamente como tal.

Además de Ungaretti, debemos citar a E. Montale, poeta que también precedió a Quasimodo (1896). Es el poeta más existencial del grupo: el eje de su poesía es el hombre y su existencia; el hombre es un paréntesis de carne y sueño entre dos nada eternas; lírica sutil, trabajada, donde con frecuencia los referentes son metafísicos, encaminados a la unidad de su materia psicológica.

A ellos es a quienes se une formalmente en un principio S. Quasimodo (1901-1969) que supo recoger muy bien los ecos que estaban en el aire.

La guerra viene a ser el gozne vital y definitivo en la obra de Quasimodo. "La guerra exige con violencia un orden inédito en el pensamiento del hombre, afirma el poeta, una posesión mayor de la verdad"; es, efectivamente, a partir de la segunda gran guerra cuando Quasimodo amplía el movimiento de su alma; por así decirlo, la vida desborda la poesía, la luz de lo humano se derrama e impregna su lírica.

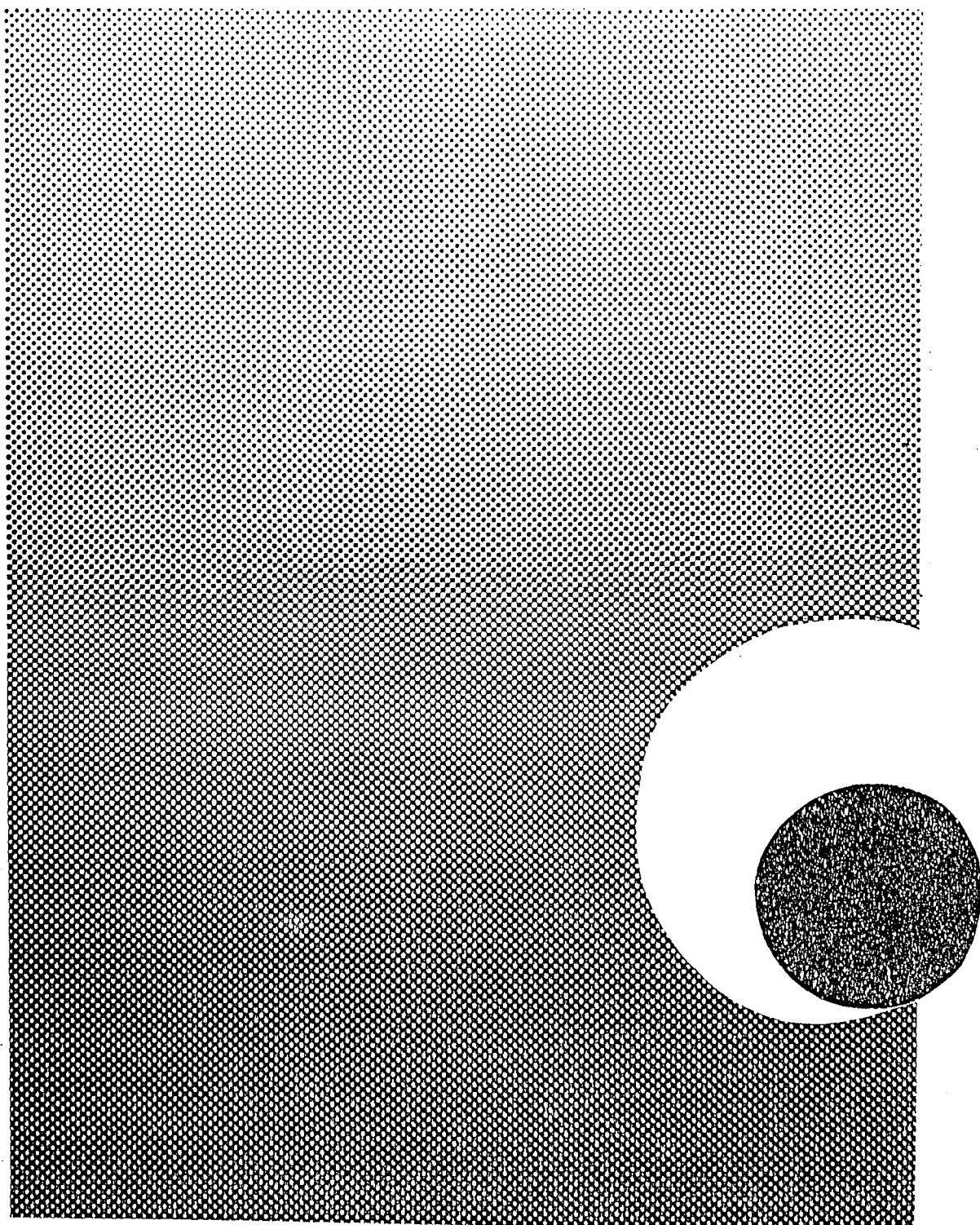
Así pues las obras que podríamos llamar pertenecientes a su primera época son: "Acque e terra" (1930); "Oboe sommerso" (1932); "Odore di Eucalyptus e altri versi" (1933); "Erato e Apollion" (1936); "Poesie e Nuove Poesie" (1938); "Ed è subito sera" (1942).



La obra posterior a la guerra: "Giorno dopo Giorno" (1947); "La vita non è sogno" (1949); "Il falso e vero verde" (1956); "La terra impareggiabile" (1959).

Es importante también su labor como traductor, entre la que destacaremos las traducciones de Esquilo, Sófocles y Catulo entre los clásicos, así como de Shakespeare, Molière o Neruda. En 1959 se le concedió el premio Nobel de literatura.

(Traducción y nota, por Manuel Moreno)



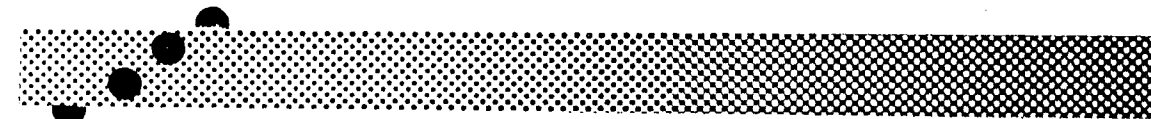
OBOE SUMERGIDO

**A** vara pena, tarda tu don  
en esta hora mía  
de anhelados abandonos.

Un gélido oboe silabea  
alegría de hojas perennes,  
no mías y olvida;  
en mí anochece:  
el agua tramonta  
sobre mis manos herbosas.

Alas oscilan en un tenue cielo,  
lábilis: el corazón transmígra  
y yo soy un páramo,  
  
y los días una ruina.

(de Oboe sumergido)



Avara pena, tarda il tuo dono/ in questa mia ora/ di sospirati  
abbandoni./ Un Oboe gelido risillaba/ gioia di foglie perenni,  
non mie, e smemora;/ in me si fa sera:/ l'acqua tramonta/ sulle mie  
mani erbose./ Ali oscillano in fioco cielo,/ labili: il cuore trasmigra/  
ed io son gerbido/ e i giorni una maceria.

A MI TIERRA

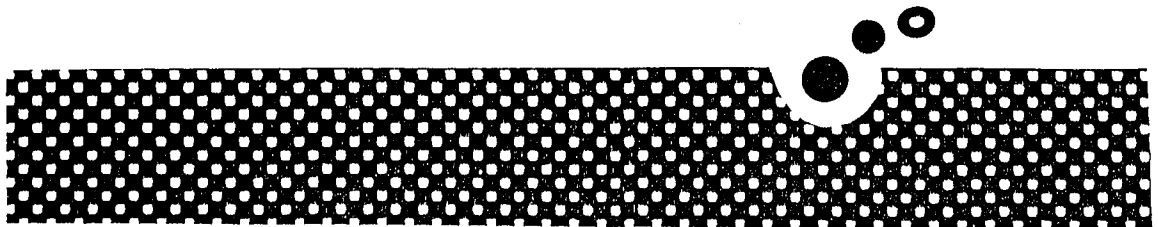
**U**n sol irrumpe henchido en el sueño  
y aúllan árboles;  
venturosa aurora  
en que desancorada navegas,  
y las estaciones marinas  
dulces fermentan orillas por nacer.

Yo aquí enfermo me despierto  
de otra tierra amargo  
y de la piedad mudable del canto  
que amor en mí germina  
de hombres y de muerte.

Mi dolor tiene nuevo verdecen,  
pero las manos son de aire  
hacia tus ramos,  
a las mujeres que la tristeza  
encerró en abandono  
y jamás las toca el tiempo  
que me descortezza y enceniza.

A tí me arrojó: un fresco  
de naves pósase en el corazón;  
pasos desnudos de ángeles  
ahí se escuchan, en la oscuridad.

(de Oboe sumergido)



Un sole rompe gonfio nel sonno/ e urlano alberi;/ avventurosa aurora/  
in cui disancorata navighi,/ e le stagioni marine/ dolci fermentano  
rive nasciture./ Io qui infermo mi desto,/d'altra terra amaro/ e  
della pietà mutevole del canto/ che amore mi germina/ d'uomini e  
di morte./ Il mio male ha nuovo verde,/ ma le mani sono d'aria/ ai  
tuoi rami,/ a donne che la tristezza/ chiuse in abbandono/ e mai  
le tocca il tempo,/ che me discorza e ambigia./ In te mi getto: un  
fresco/ di navate posa nel cuore;/ passi nudi d'angeli/ vi s'ascoltano,  
al buio.



EN LA ANTIGUA LUZ DE LAS MAREAS

**C**iudad de isla  
sumergida en mi corazón,  
heme aquí descendiendo a la antigua luz  
de las mareas, junto a sepulcros  
a orillas de aguas  
que desatan una alegría  
de árboles soñados.

Me llamo: se espeja  
un sonido en amoroso eco,  
y el secreto es dulce, estremecerse  
en amplios precipicios de aire.

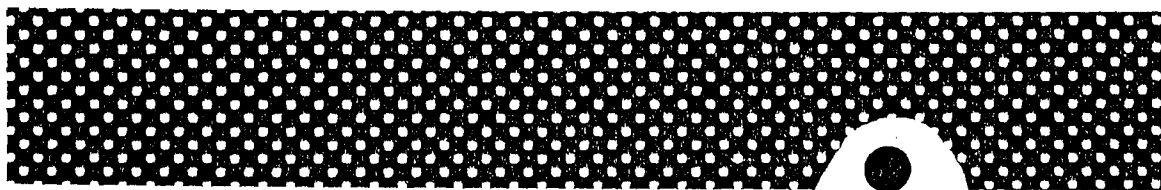
Un cansancio se abandona  
en mí de precoces renacimientos,  
la acostumbrada pena de ser mío  
en una hora más allá del tiempo.

Y tus muertos oigo  
en los celosos latidos  
de venas vegetales,  
ya menos hondos:

Un respirar absorto de narices.

(de Oboe sumergido)

Citta d'isola/ sommersa nel mio cuore,/ ecco discendo nell'antica  
luce/ delle maree, presso sepolcri/ in riva d'acque/ che una letizia  
scioglie/ d'alberi sognati./ Mi chiamo: si specchia/ un suono in  
amorosa eco,/ e il segreto n'è dolce, il trasalire/ in ampie frane  
d'aria./ una stanchezza s'abbandona/ in medi precoci rinascite,/  
la consueta pena d'esser mio/ in un'ora di là dal tempo./ E i tuoi  
morti sento/ nei gelosi battiti/ di vene vegetali/ fatti men fondi:/  
un respirare assorto di narici.



## LAMENTACION DE UN FRAILE DE ICONO

**D**e aridez me alimento,  
Dios mío,  
mi verde escualidez!

Zumba alta una noche  
de cálidos insectos;  
el cingulo descifne  
mi túnica podrida de inmundicia.

Y me cardo la carne  
carcomida de ascárides:  
amor, mi esqueleto.

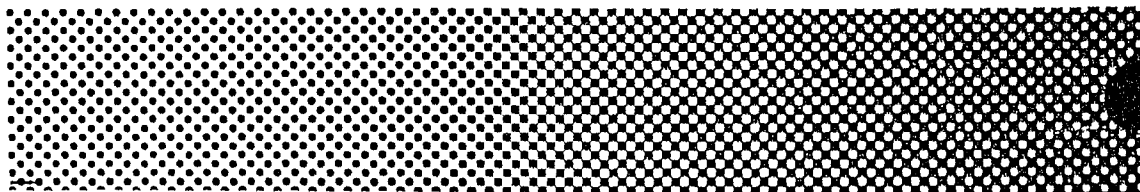
Oculto, profundo, un cadáver  
mastica tierra empapada de orina.

Me arrepiento  
de haberte donado mi sangre,  
Señor, asilo mío,

¡Misericordia!

(de Oboe sumergido)

Di assai aridità mi vivo,/ mio Dio,/ il mio verde s quallore!/ Romba  
alta una notte/ di caldi insetti;/ il cordiglio mi slega/ la tunica  
marcia d'orbace./ Mi cardo la carne/ tarlata d'ascaridi:/ amore,  
mio scheletro./ Nascosto, profundo, un cadavere/ mastica terra intrisa  
d'orina./ Mi pento/ d'averti donato il mio sangue,/ Signore, mio  
asilo,/ misericordia!

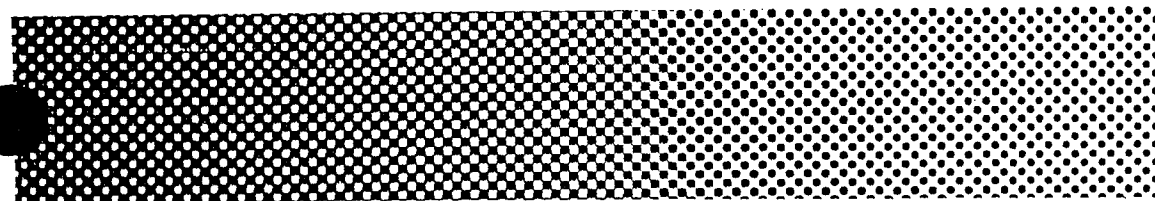


DONDE HAY MUERTOS CON OJOS ABIERTOS

**S**eguiremos casas silenciosas  
donde hay muertos con ojos abiertos  
y niños ya adultos  
en la sonrisa que los entristece,  
y frondas baten en tácitos vidrios  
en medio de las noches.

Tendremos voces de muertos también nosotros  
si es que estuvimos vivos alguna vez  
o el corazón de selvas y montañas  
que a los ríos nos empujó,  
solamente los sueños nos faltaron.

(de oboe sumergido)



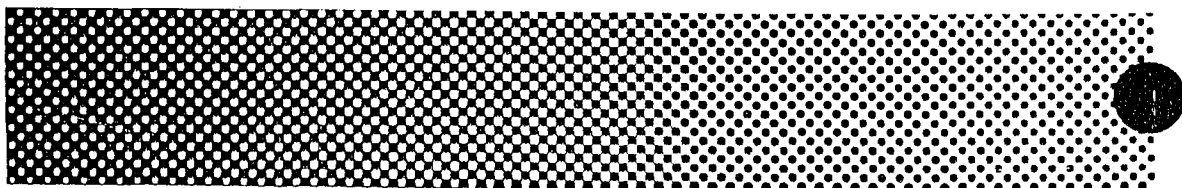
Seguiremo case silenziose/ dove morti stanno ad occhi aperti/ e bambini  
già adulti/ nel riso che li attrista,/ e fronde battono a vetri taciti/  
a mezzo delle notti./ Avremo voci di morti anche noi,/ se puer fummo  
vivi talvolta/ o il cuore delle selve e la montagna,/ che ci sospinse  
ai fiumi,/ non ci volle altro che sogni.

AMEN PARA EL DOMINGO IN ALBIS

**N**o me has traicionado, Señor:  
de todo dolor  
soy el primer nacido.

(de Oboe sumergido)

Non m'hai tradito, Signore:/ d'ogni dolore/ son fatto primo nato.



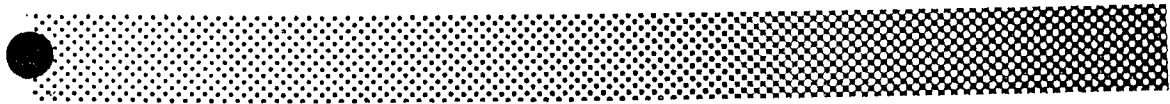


## EN LAS FRONDAS DE LOS SAUCES

**¿C**ómo podíamos cantar nosotros  
con el pie extranjero en el corazón,  
entre los muertos abandonados en la plaza  
sobre la hierba dura del hielo, ante el lamento  
de cordero de los niños, ante el aullido negro  
de la madre que iba hacia su hijo  
crucificado en el poste del telégrafo?  
En las frondas de los sauces, por voto,  
también las lirás nuestras estaban colgadas,  
al triste viento leves oscilaban.

(de Día tras día)

E come potevano noi cantare/ con el piede straniero sopra il cuore,  
fra in morti abbandonati nelle piazzi/ sull'erba dura di ghiaccio,  
al lamento/ d'agnello dei fanciulli, all'urlo nero/ della madre che  
andava incontro al figlio/ crocifisso sul palo del telegrafo?/ Alle  
fronde dei salici, per voto,/ anche la nostre cetre erano appese,  
oscillavano lievi al triste vento.



**ESTUDIOS**

## LA POESÍA DISIDENTE DE ANTONIO F. MOLINA



Antonio Fernández Molina es, como escribiera Gabino-Alejandro Carriedo, "uno de esos raros specimen del moderno renacimiento manchego (Gregorio Prieto, Paco Nieva, Angel Crespo...); raro trasunto de difícil imbricación de la luminosa culturalidad mediterránea". Antonio Fernández Molina es "otro" de los grandes y sorprendentes nombres infinitos que la Mancha de Ciudad Real, no tiene más remedio que anotar en su agenda peregrinante, si no quiere pecar de olvido. Como Gregorio Prieto, "poeta en línea", según la clarividente y certera definición de Vicente Aleixandre, Antonio Fernández Molina es, antes que nada, un poeta que ve la realidad con ojos pictóricos continuando la noble y alta tradición de los literatos pintores; como Federico García Lorca, o Giorgio Chirico. Ha realizado, desde 1968, las "Galerías Costa" de Palma de Mallorca, hasta la "Sala de Arte" de Torrelaguna, en 1985, más de treinta y tantas exposiciones individuales y participado en otras tantas muestras colectivas, lo mismo en España que en el extranjero. Igual que Paco Nieva, Antonio Fernández Molina, ha hecho teatro esperpéntico, poniendo en pie los poemas de su imaginación y su fantasía creadoras en las candilejas de su irreplicable y propio encantamiento, como son: "Cuatro piezas sumergidas", o "Margarita o el festín de los caníbales", porque su poesía es lírica teatral, verso plástico, comunicación y comunión. Emparentado con el costumbrismo rural, aunque más mágico aún, de Francisco García Pavón, ha hecho novela, relatos de ficción y narraciones breves, adelantándose al movimiento renovador de la narrativa española contemporánea, a partir de "Un solo de trompeta", su primera novela publicada, la historia del descenso a la demencia, o la búsqueda de la verdad desnuda a través de una mente conscientemente desequilibrada. Antonio Fernández Molina merecería pasar a la historia de la literatura por la asombrosa originalidad primigenia de este libro, en el que admirablemente se reconstruye el clímax de lo inconsciente o de la pesadilla, convenciéndonos de la prodigiosa facultad de inventar que posee. Como Angel Crespo, integrado desde el instante fundacional al movimiento "postista", Antonio Fernández Molina se revela, enseguida, poeta resplandeciente, y, a la vez, promotor y colaborador de publicaciones vinculadas a las inquietudes de vanguardia, proyectando en su quehacer lírico una identidad poética que logra, a través de un mundo basado en la realidad mágica, arrastrar al lector a unas coordenadas lógico-poéticas distintas. La actividad lírica de Antonio Fernández Molina comienza públicamente en 1951 con su revista de poesía "Doña Endrina" en tiempos en que ejerce su carrera de magisterio en tierras de Guadalajara. Muy relacionado enseguida con el ambiente artístico y literario zaragozano fue redactor-jefe de "Despacho-Literario" la revista de Miguel Labordeta. Entre 1964-1972, fue secretario de redacción de "Papeles de Son Arnadans" la prestigiosa aventura cultural que hizo posible en Palma de Mallorca Camilo José

Cela. Tuvo contactos continuos y colabora asiduamente con "Alconase", un islote de poesía que, en Mallorca, hacen habitable José María Forteza, Rafael Jaume y Rafael Perelló, así como con el interesante cuaderno, gemelo de "Deucalión", "Dabo" bajo la dirección del malogrado Rafael Jaume.

Desde hace años reside en Zaragoza donde ejerce una decisiva influencia en la vida literaria y artística de la ciudad, colaborando en revistas y periódicos españoles, de Europa y de América, habiendo sido traducidos muchos de sus escritos al portugués, italiano, francés y alemán. Ejerce la crítica literaria y debe destacarse su ingente labor como traductor. Su incorporación, desde los comienzos, al movimiento postista de Carlos Edmundo de Ory, Chicharro hijo y Silvano Sernisi, hace de Antonio Fernández Molina, junto con Angel Crespo, uno de los más válidos y rigurosos exponentes de una poética que reclaman para el arte el papel fundamental de la imaginación, siguiendo, a su manera, las huellas cálidas y vibrantes de Bretón y Eluard, Antonio Fernández Molina, supone para la historia y el conocimiento de la literatura de su promoción, uno de los más genuinos y entusiastas trabajadores en pro de todos y cada uno de ellos, como lo prueban sus excelentes antologías de "Poesía Cotidiana", "Los poetas románticos", "Antología de poesía modernista", y "Metalírica".

Gabino-Alejandro Carriedo, en el prólogo de uno de los personales poemarios de Antonio Fernández Molina afirma que hay "poetas que pasan, que no pueden por menos de pasar, por grande que sea el apoyo y respaldo de su cultura y su asiento social. Otros vienen despues a la chita callando y son los que quedan, los que un día se redescubren, casi siempre en demora, porque no pudieron o supieron o quisieron jugar al arte espúreo de la celebración o la connivencia, sino que se limitaron, febrilmente, serenamente también, a algo tan sencillo como crear: crear para el tiempo, para la continuidad inevitable de la cultura del hombre, la que el hombre necesita para su pervivencia y justificación. Este es el caso feliz de Antonio Fernández Molina, auténtico paradigma de poeta".

Porque es poeta, poeta en su más absoluta y amplia dimensión, tanto cuando pinta o hace cine, teatro, relato breve, novela o poesía, y porque lo es visceralmente, Antonio Fernández Molina, raro y "Maldito", soslayado acaso injustamente en su significación importante en el panorama contemporáneo, debe y tiene que ocupar el lugar que le corresponde. Sus libros son hoy mismo de una palpitante actualidad. Con más de una treintena de libros publicados, Antonio Fernández Molina se nos presenta como "el hombre que nunca tendrá cabida en el ámbito de los razonadores y los discursivos... Es un barroco penetrado del sentimiento sombrío, pero absolutamente clarividente de un Quevedo, críptico y altanero como Góngora", según el decir de Pablo Trullén.

Como Fernando Pessoa, Antonio Fernández Molina ha creado, dos heterónimos, Roberto Goa y José Meneses, frutos del poeta mayor que los alimenta, como alguien ha dicho con indudable acierto. Estos dos heterónimos dejarán constancia en la moderna literatura española de la enorme y amplia complejidad diversa y avasalladora de la inspiración fantástica de Antonio F. Molina. Antonio Fernández Molina se dijera que no puede sujetarse la calentura de su palabra. Su escritura automática y exquisitamente demencial es absolutamente incapaz de que nada ni nadie la encorsete. El simbolismo residual que la alimenta rompe todos los esquemas y necesita, a menudo, de



recurrir a heterónimos, puesto que un verdadero artista es siempre varios artistas perplejamente emparentados. La poesía de Antonio Fernández Molina está radicalmente enterañada con el Postismo. El impacto que produjo el Postismo en la poética y en la poesía de Antonio Fernández Molina, fue un golpe fuerte que le zarandeó desde el comienzo de su escritura. Concluidos sus estudios de Bachillerato en Guadalajara y al marchar a continuar sus estudios en Madrid se relaciona inmediatamente con el Postismo a través de la "Exposición de 16 artistas de hoy" que organizó el semanario estudiantil "La Hora" bajo la dirección de Angel Crespo. Allí asiste a un recital de Chicharro, y, disuelto el grupo, Fernández Molina seguirá frecuentando la amistad con Crespo, Carriedo, Nieva, Cela, Gregorio Prieto, Chicharro. El fermento postista que cuaja en Fernández Molina "a posteriori", como sucedió con el Romanticismo en Bécquer, dará lugar a una obra muy diversa, pluralmente inquieta y habitada de visiones en cierto modo marginales de la lírica. En ella se dan dos principales atracciones: la de la poesía que atiende primordialmente al sentimiento, y la de la que trabaja, con tesón y disidencia entusiasmadas, en la forma dando como resultado una celebración disparatada y luminosa de lo lúdico fundamental en todos sus libros.

Es oportuno fijar fechas. Fernández Molina comienza a publicar su obra en los primeros años de la década de los cincuenta. Por entonces, como escribe Florencio Martínez Ruiz, "Empezaron a surgir una serie de poetas diferentes que rompen el usual servicio de la poesía senior -garcilasismo, poesía social, tremendismo y escuela neorromántica, etc.- con una viva sustancia y una remoción estética de efectos espontáneos y liberadores". Había una cierta arterioesclerosis en la poesía española al comienzo de los años cincuenta, un enorme formalismo anclado peligrosamente en ciertas zonas reiterativas retóricas. Carlos Edmundo de Ory irrumpe en este panorama, hacia el año 1945, sacudiéndolo con su crítica, su ironía y su sarcasmo y poniendo en marcha un decidido talante nuevo. Lo mismo les ocurre a Chicharro y Sernesi. Quieren pelea. Están hartos de buenos modales y pretenden abrir un boquete para que entre en la poesía de esas calendas el viento renovador y fresco de la fantasía y de la imaginación. En los primeros años de nuestra posguerra, la imaginación, al decir de Félix Grande, la imaginación era herética. Pues bien, el Postismo va a suponer precisamente el triunfo del amor y de la imaginación. Un periódico descubrirá por esas fechas que los postistas "están pidiendo a gritos que los lleven a la cárcel, al manicomio o al patíbulo". Los textos postistas harán tomar en cuenta que el amor al lenguaje, la peregrinación hacia la inocencia, el abrazo de la imaginación y lo cordial, el humor, la crítica, el investigar y traducir cuanto en la vida parece ilegible es asunto urgente de la poesía. El irracionalismo mágico y gongorino de Carlos Edmundo de Ory y el humorismo de Chicharro serán recogidos por algunos miembros de la llamada "Generación del 51", como Angel Crespo y Antonio Fernández Molina. Déucalión y El pájaro de paja, señala Martínez Ruiz, son "pliegos estridentes que pretenden barrer la perfección académica con un plus de sorpresa y un gran desconcierto de principios".

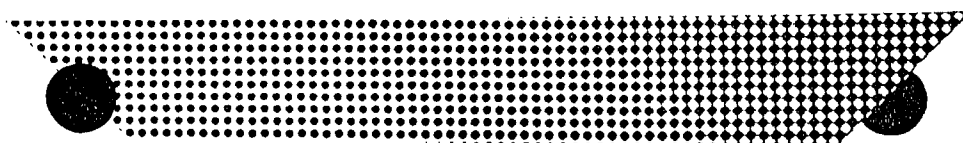
Solamente partiendo de esta atmósfera surrealista, imaginativa, de rompimiento de las normas, lúdica, irracional, humorosa, espontánea, ardiente, intuitiva, críptica y clarividente del Movimiento Postista se llega a la poesía de Antonio F. Molina. Son precisamente Gabino-Alejandro Carriedo y Juan Eduardo Cirlot quienes darán, con innegable tumulto de alegría cordial, la bienvenida al autor de "El Cuello Cercenado".



Carriedo confesará: "La poesía de A.F.M. es una de las pocas muestras que los españoles de ahora podemos ofrecer de un automatismo depurado... Cuando el verbo nace de la mano de A.F.M. nace de un modo definitivo, ensayado y juzgado... Su adentramiento en el mundo del subconsciente, pese a la innegable cultura voraz, no es solamente intelectual, sino también y sobre todo, intuitivo, espontáneo, producto de su raigambre campesina, de su fidelidad a lo popular y lo cotidiano, ese entorno que nunca dejará de mirar con asombro y que siempre intentará descifrar".

Así es, Antonio Fernández Molina es todo un gran poeta. Poeta en el absoluto y abarcador sentido de la palabra. Un creador. Un ser tocado por el don imprevisible de la magia, capaz de inventar transmundos e inocencias, música de colores y naipes danzantes, estrellas con el cuello cercenado y dedos llenos de lluvia, sombreros con la sombra al revés y paraguas para guarecerse de la desesperanza. La poesía de Antonio Fernández Molina necesita continuamente ser releída, reeditada y morosamente saboreada como un incalificable terrón entre dulce y áspero de libertad y de fantasía redentoras de la prosa que nos viene, que ya nos ha llegado irreparablemente otra vez, ahora mismo. La inocencia, el humor, el paraíso, la caligrafía infantil y subversiva, la risa, la fiesta, el sol anchurosamente desparramado de la estética primitiva, cordial, salvaje, limpia, impecable de Antonio Fernández Molina, ahora como antes, como pasado mañana, son necesariamente requeridos, tal un hallazgo perentorio.

Antonio Fernández Molina es uno de esos poetas que permanecen. Porque en un contracorriente verdadero. Permanentemente insatisfecho desde sus primeros versos su actitud revolucionaria sigue siendo de ley. Los artistas que se echan a andar, como Antonio F. Molina, por los campos de la autenticidad, y logran poder besar entre los ojos a la verdadera alegría de ser y de sentirse diferentes, no cesan nunca de señalar con el dedo el corazón mismo de la libertad. La poesía de Antonio F. Molina es esencialmente libertaria. Un poeta que no es libre no es poeta. Y Antonio F. Molina es por esencia poeta. Un poeta visceralmente removido por sacudimientos siempre imprevisibles. Porque para Antonio F. Molina, y ahí está sin duda alguna la clave central de su talante estético, el mundo no está aún terminado de crear. Los artistas que piensan que el cosmos está definitivamente ordenado se quedan pronto aparcados en el arcén de la existencia. La satisfacción no es propia de los artistas verdaderos. Toda la obra inmensa de Antonio F. Molina es un grito de insatisfacción. Leer a Antonio F. Molina es un susto permanente para la prosa, para lo reglado, calculado, programado, señalado, convertido en lugar común, en tópico, en seguridad, en instalación. Es la suya una escritura en libertad que posee el secreto de distorsionar la imagen, de conseguir de inmediato la travesura dialéctica, la risa y el esperpento. La poesía de Antonio F. Molina, con una fidelidad a sí mismo, que no ha dejado de conmover a lo largo de tantos años de coherencia, es una poesía que pretende, una vez y otra, pase lo que pase y pese a quien pese, tomar entre las manos la bola del mundo y desflecar los arcoiris, arrancar los rosales y metérselos en el bolsillo, el mar debajo de la gorra, los besos en una bandeja de plata. De apariencia naif lleva su terrible seriedad de adulto en la paleta de todos sus colores, en los cartones de sus garabatos intrascendentemente infantiles, como si fuera, lo es, un niño al que le asusta tanto lo exacto y lo matemáticamente intocable. Todo lo reduce a sueño. Un niño que no sueña no puede llegar a adulto. En Antonio F. Molina hay un corrobullanguero de niños que sueñan en que se pueda vivir, por fin, gloriosamente, en el planeta. A Antonio F. Molina le divierte



reirse del santo y de la fiesta. Pero si se disfraza tan a menudo, en sus poemas, de payaso es porque la procesión va por dentro, la tragedia le lame los ojos y descoyunta su esqueleto. La jocosidad de Antonio F. Molina es compleja. Antonio F. Molina es muy complejo. Hay muchos Antonio F. Molina en Antonio F. Molina. Detrás de una sonrisa suya, o de una pirueta verbal en sus versos, puede haber, la hay, una lágrima. Detrás de una lágrima el escándalo inverosímil y tierno de una carcajada. Como el que quiere quitarle hierro a la circunstancia. De ahí su estilística, que en principio se diría que no busca criticar, y, luego, resulta incómoda, como un puñetazo al que no puedes responder. La imaginación efectivamente es herética. El Postismo aún ahora es delictivo. Antonio F. Molina ejerce de poeta. Toda su obra es una profecía. Un hermoso escándalo. Los poetas que no escandalizan no son profetas. Y Antonio F. Molina, con sus mil facetas heterogéneas dentro, es un inconformista de tomo y lomo. Un campesino manchego de gran cachaza irredimible que se aprieta el corazón para no llorar y aparenta que sonríe. Antonio F. Molina ha elevado la ironía a categoría estética de una manera incontestablemente manchega. La estirpe de Antonio F. Molina es a todas luces manchega. Los hombres y mujeres de este lado del mapa español tienen, como ellos dicen, mucha "recochura", esto es, una considerable dosis de socarronería que está entre el proverbio y la alegoría disparatada, la parábola insobornable que empuja al examen de conciencia y al cambio de conducta. Jamás Antonio F. Molina ha renunciado a este talante campesino. Cuando comenzó a publicar sus memorias "De este lado del espejo" el primer capítulo lo dedica a sus impresiones de niño en Alcázar de San Juan, lugar de su nacimiento. En su novela "Un caracol en la cocina" los recuerdos manchegos le dan vueltas y más vueltas dentro de su fantasía. Antonio F. Molina tiene muy acostumbrados los ojos y la memoria al paisaje y al paisanaje manchegos. La llanura inmensa e inmisericorde de la provincia de Ciudad Real está presente en su obra como el cimiento en un edificio. Pervive sobre todo en él la extraordinaria y mágica capacidad de los hombres y mujeres manchegos para el espejismo, para la invención de la realidad convirtiéndola en arrebató y en esperpento. Cuando Antonio F. Molina escribe, por ejemplo:

"Esta es la lluvia de la cebada  
 hecha gavillas  
 Se empapa la mies y pesa un

KILO  
 más

de mentira  
 pero si fuera verdad que el campo FUERA  
 FUERA vosotros de este campo  
 malvados gorriones  
 qué cosecha qué amapola  
 crece en estos dedos originales  
 (todo)  
 que son los surcos desenrollados  
 por los varones de la familia..."

está ejerciendo de labrador manchego con su escepticismo telúrico a cuestras. O cuando Mariano Meneses dice:

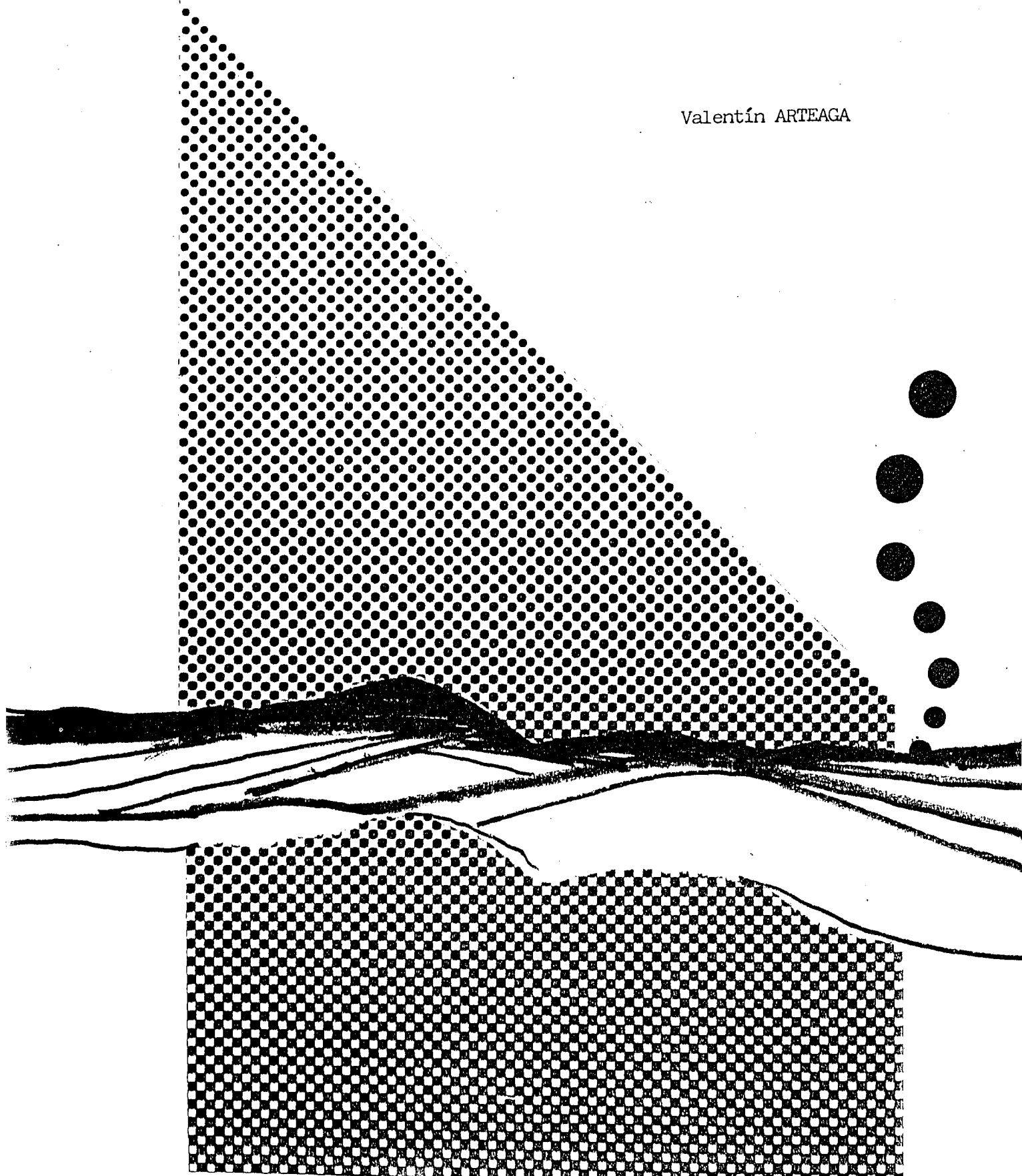
"Me agrada hablar con un hombre cultivado  
 aunque me ría de su pedantería.  
 Me agrada hablar con un hombre tosco  
 aunque me ría de su tosquedad.



A veces me agrada hablar con nadie  
y otras hablo solo.  
Me agrada lo que me agrada  
y cuando me agrada..."

Antonio F. Molina está regresando a los campos y los  
pueblos de la Mancha. Antonio F. Molina, desde su apuesta por la  
disidencia y la fantasía es genuinamente un hombre manchego. Es  
reconfortable constatarlo.

Valentín ARTEAGA





## LA GRAN METAFORA DE CASTILLA EN OCTAVIO UÑA

### I



Castilla es un tema arriesgado en la poesía española contemporánea. Sólo un Antonio Machado o un Unamuno salen bien del trance. Casi todo lo demás es modernismo de cartón piedra y sublimación a chorros. Y, sin embargo, lo que ha dado en llamarse la poesía mesetaria, con un nombre discutible, pero con eficacia nominativa, ha logrado atraer la atención de la crítica. Y los distingos y oposiciones -como el feroz ataque de Carlos Barral al "indigenismo castellano"- no documentan otra cosa que la antítesis modernismo-novetayocho, en reedición de hoy. Pero, de todos modos, es muy difícil levantar la voz y hacerse oír entonando la palinodia castellana.

El joven poeta Octavio Uña Juárez se atreve (1). Y en un avance por las alas, dejando plantados a los "dialécticos" de "claraboya", una variante de la nueva preocupación por Castilla y a los vivenciales y simbolistas de la lírica mesetaria, la solidaridad de los Eladios y los Claudios, se coloca con sus trompetas ante los muros de Castilla. En el libro Antemural, que es el tercero de los suyos, precedido por Escritura en el agua y Edades de la tierra, y que resuena con son de elegía por esta tierra, un tiempo a punto de morir. Mujer vendida a bajo precio por unos y otros y violada una y otra vez, que eso fue siempre en el sentir de Uña Juárez. La inevitable carga ideológica y aún histórica de esta formulación poética conlleva un peligro. Pero hace también afluir al seco y estereotipado sublimismo, un puñado de datos temporales que la reaniman.

Antemural es excepción considerable en la alineación castellanista. Su posible subjetividad está templada por una dinámica temporal magníficamente asumida y la transfusión histórico-social queda excelentemente quintaesenciada. Uña Juárez arranca de una actitud líricamente muy comprometida -al sobrevolar los tópicos del abandono y de la marginación, al hilo de la quejiqueca del notario de Frómista, por ejemplo-, que luego resuelve con equilibrio y acierto. La Castilla de Uña Juárez -y esto lo anota perspicazmente Aranguren en el prólogo del libro- se sitúa en un plano profundo, histórica, geográfica y sociológicamente hablando. El poeta utiliza, siguiendo una cita de Neruda, el idealismo y el realismo, luz y raíz de la vida (2).

No hay por qué ocultar que Uña Juárez celebra y santifica la tierra. O al menos, diríamos mejor, la eterniza. No con un eternalismo gratuito o literario, sino depurando y aislando sus valores más autonómicos identificables. El novísimo juglar de Antemural tiene algo de cantor de poema del Mío Cid y no poco del Machado de Campos de Castilla. Pero la conciencia temporal e histórica sustancian, de alguna manera, las preocupaciones íntimas del poeta de hoy. Uña Juárez actúa desde una conciencia moral que no se opone a la estrictamente poética. Su voz arranca desde Villalar, "plaza mayor de soledades", aunque en línea distinta a la consideración de Noel de que fue allí donde se perdió el nervio de la raza. Sin embargo, el aire "heroico" no aparece en el poeta ni tampoco el puramente reivindicativo, sino en un nivel muy esencializado.

La Castilla que ha muerto, de algún modo, en la dinámica histórica, vive en el verso de Uña Juárez. Y la patética elegía que es Antemural, aparte de unas exequias de expiación de Castilla, es también una plegaria salvadora. Inevitablemente, la cierta retórica que manejamos no existe en el libro. El énfasis del tiempo, los lugares, los héroes y las cosas -Villalar, Cid de Vivar, Wellido Dolfos, El Escorial, Avila, Toledo, Zamora, el Duero, el Tajo o el Tera, etc.- se atienden únicamente a lo expresivo. Uña Juárez mantiene con singular destreza el ámbito mítico, pero rebaja las asociaciones gratuitas o muy decorativas. La Castilla de Octavio Uña está sujeta al recuerdo, a su propia existencia, con un temblor no muy dispar de Eladio Cabañero, que veía en La Mancha pasar los trenes por Ríozancara, o el Claudio Rodríguez, que oía el ruido del Duero en Zamora. Uña añade un contrapunto dialéctico -poniendo idealismo donde los otros sólo simbolizan o vivencian-, que da sentido a su metáfora sobre Castilla, la tierra que ha perdido la batalla del tiempo, pero no la poética existencia perdurable en los versos de su novísimo poeta.

Antemural es un libro redondo, en lo que tiene de "requiem" de Castilla, sepultado definitivamente en El Escorial, donde vino a morir, y en lo que tiene de poema metaexpresivo. El lenguaje de Uña Juárez contiene una innata clasicidad bebida en los modelos latinos y en los fray Luis de los Siglos de Oro, que evitan toda recurrencia, gracias a la cabal rotundidad del verso, a su flexible y madura sintaxis, a su instinto y vigilancia de los términos fósiles. En las ocho partes del libro, dedicadas a la Castilla histórica, a El Escorial, a las ciudades de la meseta, a los lugares familiares del autor, a las ventas y a los caminos de Medina, a sus maestros literarios y a las "lúnicas" y "lunas" de Alhambra, el poeta exhibe, junto al tono elevado, y la tersura del verso, un riguroso sentido del poema, y una exacta escritura, atemperada al ritmo lento o evocativo, siempre ajustado y feliz.

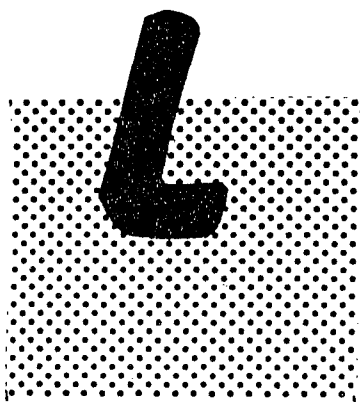
No es este poemario un simple tapiz coloreado de petos y lorigas o de fantasmas históricos que retienen su efigie un punto culturalista. Esta es una Castilla doblada de espigas y vista a través de los ojos del niño Octavio, que crece en el recuerdo, en una recreación limpia y culta con voluntad de álamo o ciprés, en la belleza de espléndidas imágenes y en su revelador rostro castigado, pero permanente de las tierras. Si magnífica es la primera parte "Poemario de Villalar", donde se insertan algunos poemas clave, en la segunda "De las repeticiones" destacan "Una cigüeña que cruzó Castilla", "Castilla es algo más que una metáfora", "Esta porción de albas congeladas", toda la serie "Junto al adobe" -la máxima expresión



del lirismo de Uña Juárez- con "Mírate aquí, Francisco Octavio, mudo", "Madre", "De la fiesta del vino nada queda", "Cuidate, hijo, que la larga noche", piezas de inigualable tersura y atractivo. De parecida calidad es "Voz y estación del aire", transposición del propio autor en sus héroes literarios, y las breves joyas poéticas de "Lúnicas".

Quizá la mayor verdad de este comentario sólo sea ésta: con Antemural y con Octavio Uña, nuestra poesía cuanta con una gran voz lírica.

## II



a Castilla postrada, a pesar de figurar en la literatura épica y lírica de todos los tiempos, está echando a andar con nuevos bríos y nuevos hallazgos en la poesía, lo dijo Pedro Laín Entralgo en la presentación del libro Castilla, plaza mayor de soledades, y una lectura demorada lo confirma. Por eso, los poetas son profetas. Y Octavio Uña puede y debe patentarse de ambas cosas.

Es un poeta que canta a Castilla, tirando sus viras a la nostalgia, y no flechando su belleza muerta ni sus puentes levadizos. El redescubrimiento de Castilla, operado desde hace unos veinte años por nuestros poetas más jóvenes, desde Claudio Rodríguez a Antonio Colinas, no es rigurosamente fiel al espíritu del 98, ni se atiene al éxtasis escéptico de lo guilleniano.

Hay una recuperación más valiosa, y es la que se realiza desde el recuerdo y desde el lenguaje. El arma de Castilla es su palabra y sólo a través de la palabra puede levantarse esta tierra erguida en los páramos y hundida en sus soledades. La historia la ha devorado muchas veces -y aún la política-, y en estos momentos los poetas renuncian a todo alegato historicista, a toda su "grandeza" pasada, haciéndola crecer desde su propia raíz real y física, y dándole conciencia -dolorosa o no- de esa su realidad.

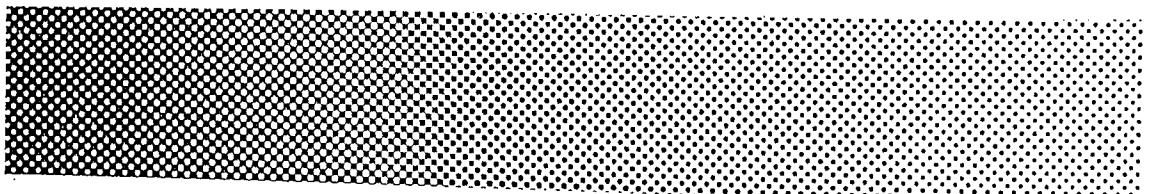
En Castilla, plaza mayor de soledades, Octavio Uña anuda, como en una enredadera, sus poemas escritos y dichos a la mayor gloria de su recuerdo, a la mejor búsqueda de su voz antigua, de su médula humanizada. El poeta ensaya una visión intermedia entre los líricos polémicos de la dialéctica histórica y los líricos idílicos de una plástica suntuaria y pretenciosa, y acierta a colocar en medio una vivencia personal, de testigo de cargo, frente a unos y a otros. Me parece un acierto esta antología, porque autoriza una lectura global sin retrocesos del sentimiento del poeta. Ya es posible situar a Octavio Uña dentro del contexto de los poetas mesetarios, sin traicionarlo ni rebajarle su tono. Pues, según se declara en sus libros, su palabra está forjada del hierro colado de las espadas medievales, pero también con la lozanía de los cancioneros. Es una palabra entera y no enfermiza, rotunda y no afeitada, sonora y recia, aunque sin retintines ni redobles.

Octavio Uña tiene muy clara su entonación al retener todo lo que Castilla posee de permanente: la sobriedad y la entereza de sus hombres, la belleza áspera de sus paisajes, el desconuelo de su aislamiento último. Castilla es algo más que una metáfora, dice en un poema de Antemural, y fiel a ese dato, se esfuerza por revitalizar desde una realidad, en la que se mantiene un cierto idealismo, sus proezas históricas y sus actitudes morales. Octavio Uña sustancia y exprime en un alambique siglos de soledad, años de gloria, días de alegría o de tristeza porque la pasa por el corazón. Es, por lo tanto, una Castilla palpitante, individualizada, asumida, la que burbujea en sus libros. En Escritura en el agua, apegada todavía a los rastros maduros a fuego lento, entre la luz meridiana y los pájaros viajeros, varada en la azul llanura como una barca con el mar lejos; en Edades de la tierra, abierta como un cantoral escurialense, como una lengua de piedra que habla proféticamente, soñando acaso con los cielos altos de la meseta. En Antemural -sin duda el espléndido hallazgo de Octavio Uña- tierra amortajada que el poeta resucita a golpe de endecasílabo, viéndola de nuevo, creándola a través de unos puros ojos de niño.

En un paso más, Octavio Uña efectúa una reducción más hasta llegar a una lírica concreta, de puros objetos -la trilla, el vino, la pared, el río Duero-, que hacen de su último libro un ritual para la celebración de la tierra. Usura es la memoria la recupera en su olor, su color y su sabor, con el solo hilo de la contemplación. La visión elegíaca, patética e inevitablemente romántica de Antemural -donde no faltan los nombres de los héroes y antihéroes- se despoja de toda instrumentación que no sea la sensibilidad del lírico, su propia e inmediata emoción humana.

En cuanto al lenguaje, Octavio Uña aprieta más, si cabe, la sintaxis, encela mejor el ritmo, con un invisible sentido épico y onomatopéyico desconocido en los jóvenes poetas. En la poesía de Castilla, plaza mayor de soledades no hay culturalismo en la misma medida que no hay sofisticación. Octavio Uña es valiente en abordar un tema -carga retoricista incluida- porque aporta un vivencialismo a ras de tierra, a golpe de emoción. Y no tiene miedo al riesgo de caer en alineaciones. Su subjetividad viene templada por una cierta distanciamiento sabia y por una cordialidad identificable. Su conciencia moral -que la tiene, y cuya efusividad le obliga a entonar su endecha- no se opone jamás a la poética, ni mucho menos la turba. Por el contrario, le da el peso y la medida de quien canta no sobre soledad edénica sino sobre una tierra invocada por los hombres.

No podría decirse otra cosa mejor sobre Castilla, plaza mayor de soledades, que es una meditación, en cuya composición de lugar, como en una reflexión ignaciana, los elementos reales nos introducen en el reino interior, en la entraña viva, donde Castilla late en toda su dinámica espiritual y literaria.







e un poeta con fenomenología propia -además de una inquietante facilidad para la palabra- cabe esperarlo todo. Incluso que en la contienda simbólico-mesetaria que aqueja de un tiempo a esta parte al castellanismo -Castilla como revelación una y otra vez- haya logrado identificar el "hic et nunc" de su transposición poética. Octavio Uña es este poeta que a sus fieles lectores, entre los que me cuento, acostumbra a dar una sorpresa en cada libro. Pues a pesar de no estar incurso en el culturalismo andante -ni siquiera con los "castra petavonium" en el horizonte-, ni tampoco en la asepsia estática tan usual años atrás, la alta meseta castellana ha encontrado su demiurgo.

Y lo ha encontrado con toda genuidad. Octavio Uña es un lírico refractado, cruzado de raíz y ala, en el punto mismo de una interiorización donde se desvela la realidad fenomenológica doblada de poética. Más en la línea de Unamuno que en la de Machado, más en la tensión teresiana que en los éxtasis naturales, el poeta zamorano de Brime de Sog embosca su anhelo de eternidad en un platonismo de muy alto vuelo. La Castilla de Octavio Uña muere y resucita al tiempo, cae y se levanta de consuno, porque no roza tanto la historia -y mucho menos el pasadismo esterilizante- como la intrahistoria. Unamunismo al fin, consigue la identidad viejocastellana por una vía nueva: la protomística. Octavio Uña retoma la voz antigua de la tierra -"dime quien fui; dime de dónde..."- porque la siente brotando de sí mismo. Ni tiene siquiera que inventarla.

Toda la lírica de Octavio Uña surge con voluntad de vuelo. En su andadura poética los propios títulos de sus libros -fuera de un nominalismo superficial- responden a un proceso natural de transposición, desde la tierra y el agua, el paisaje mural, la memoria como recuperación hasta la plenitud -el mediodía- de la propia Castilla. Es una manera muy personal para alcanzar el supremo nivel de independencia de la materia. Me interesa hacer notar que el proceso poético ni siquiera es equidistante entre los ejercicios de razón -Octavio Uña es un muy consciente profesor universitario- y la intuición creadora. Lo que el poeta patentó es un "espacio" de libertad, por donde pasan siglos de soledad, años de gloria, días de alegría y tristeza y que ahora cierran su parábola en una espiral definitiva, en la esencialidad misma.

Las imágenes de Octavio Uña no nos dejan mentir. Mediante unos recursos estilísticos y literarios más que brillantes -dicción clara y musicalidad sorprendente, tersura de estilo y palabra en trance siempre- el platonismo metafísico une en su reminiscencia la Castilla geográfica y mítica con Angélica, mito poético y amoroso, en una recreación donde todo es "Ciudad del ave" -título de una parte importante de Mediodía de Angélica y próximo libro anunciado-, donde todo queda trascendido. Algo que en Octavio Uña no se produce por reducción a una sublimidad descarnada o ficticia, sino como fruto de una interiorización que transforma en un tiempo personal el tiempo colectivo, el tiempo histórico en tiempo íntimo.

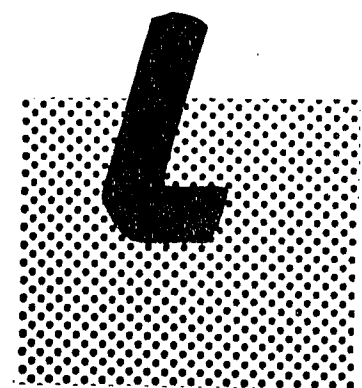


En Mediodía de Angélica el fervor del poeta, ofrecido en anteriores poemarios, adquiere un vértigo que sólo aparentemente es alucinatorio. El renacentismo de algunas imágenes y metáforas aparece todavía en los poemas de "Lejos de Itaca", de "Conjuro de los mármoles", etc. Pero ya en Antemural -en los ejemplos aquí aducidos- y fundamentalmente en los extraordinarios poemas de "Ciudad del ave", Octavio Uña, en función de hechicero de la tribu -o de mediador entre la raíz y el ala, entre la tierra y el cielo-, instala Castilla en la forma y en la vibración propia. El verso posee peso y contrapeso, dentro de una delgadez de categoría becqueriana y sanjuanista, de arpa despierta y de llama encendida.

En "Ciudad del ave" hay una transfusión de lo oculto y de lo popular, de lo real y de lo imaginario. Aunque sometido a una atmósfera nítida, embridada, elíptica en ocasiones, que ahorra la grosura de una retórica más compuesta y que, por lo tanto, permite una conexión de elementos sorprendentes, Octavio Uña utiliza sin duda la transposición mística del mismo modo que Jorge Guillén utiliza la exaltación vital o Claudio Rodríguez una alternativa disémica. Está claro en Mediodía de Angélica, que la plenitud de Octavio Uña posee la remota melancolía del paraíso perdido que de algún modo le acompaña en la palabra. En una palabra, repítamóslo, alada, angélica casi, pero en la que destella una brizna de humanidad y resuenan patéticamente las emociones.

Nadie puede discutir este logro del poeta: una Castilla en la que se refracta la visión y la emoción, el pasado y el presente, la historia y la intrahistoria. Y en la que, sin embargo, no aparece por ninguna esquina ni el panteísmo de las sensaciones ni la sublimación de las realidades. Ni, por supuesto, la anfibología mítico-biográfica. Octavio Uña se mantiene en esa frontera del milagro al saber crear una cuarta dimensión lírica en la que se revelan las lunas de la Alhambra y las calles del Albaicín, las estrellas de Angélica y el canto del Tera. Porque al poeta ni es la nube ni el ave ni la estrella lo que le engrandece, sino la lumbre de la dicha que los dioses encendieron y que nunca podrá apagarla. Presente, viva o soñada, Octavio Uña retiene en su pupila una Castilla vista con ojos de niño. Es el documento que le queda puro e imborrable.

#### IV



La poesía de Octavio Uña, un poeta-profesor que puede protagonizar una generación de hombre solo -quiero decir, un hecho original, a pesar del arrastre de una tradición lírica-, se encuentra ya en proceso de beatificación. Octavio Uña escapa a la imagen estereotipada de los jóvenes contraculturalistas porque llega a la poesía por un camino tan estético como fenomenológico. Filósofo, sociólogo y teólogo, Castilla para él -la vieja Castilla convertida en tópico por los ensayistas del 98, en trofeo por los modernistas y redimida por los poetas del 27-, necesita todavía una exorcización desmitificadora del cartón piedra y del heroísmo

teatral. Y el joven poeta de El Escorial, gran meditador desde esa piedra lírica, sacude todas sus hojas muertas, sus muertos vislumbres, para quedarse con la transustanciación de su alma.

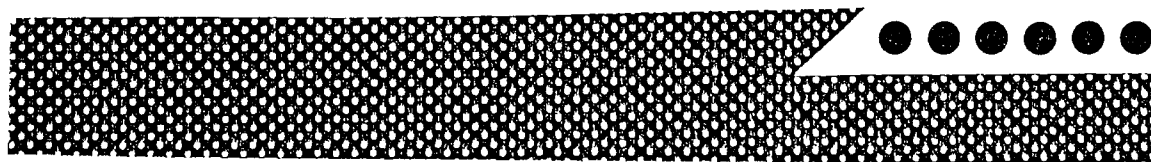
Ante Ciudad del ave -título de clara ascendencia teresiana-, cede la trayectoria de libros anteriores como Antemural, Castilla, plaza mayor de soledades y Mediodía de Angélica. En realidad, el poeta de hoy los asume todos, en este nuevo poemario, tras hacer una reducción a lo que es esencial: la propia levitación del espacio mítico e histórico en una integración con el tiempo, contando como elemento identificador con el propio poeta, enraizado en una existencia de aquí y ahora. Ciudad del ave, como toda la lírica importante, nos sumerge en el misterio. Y aún más, en el misterio castellano.

Octavio Uña enriquece, esos sí, la visión heroica o paisajística de Castilla -de Toledo a Soria, de Albarracín a Toro, etc.- con una nota personal, alternativa al eternismo unamuniano o a la desolación machadiana. Cuidando de rebajar el éxtasis de Guillén mediante una desrealización de signo transfigurador, acendrada ya su exaltación irracionalista.

Para ello, el poeta recrea un ámbito donde desaparecen los límites de lo objetivo-subjetivo de una parte; y de otra, la realidad traspasa sus propias posibilidades. La Ciudad del ave es más que un conjunto de piedras y nubes, paisajes y monumentos, pues Uña prescinde de las aproximaciones racionales muy marcadas en función de una realidad trasfundida tanto y más que transfigurada: una realidad inefable, transparente, aunque predicable de la Castilla real y concreta. Si Unamuno habló de una intrahistoria, ahora es posible hablar de una intramística. Porque el autor de Ciudad del ave en vez de conseguir una metáfora -como en el caso de Castilla, plaza mayor de soledades-, la alimenta por su misma definición, la vive. En esa "ciudad", no es un sí "región luciente" o "castillo interior", habita el dios del lenguaje, el genio del poeta, una vez más reo de su propia invención artística.

Tenía, por eso, que llegar este libro en la trayectoria de Octavio Uña. Poeta de intuiciones como Unamuno y de arranques premonitorios como León Felipe, a reserva de sus recursos estilísticos o formales más débiles, disuelve y resuelve la parafermalia paisajística en una espiral absolutamente lírica: la "ciudad de alas, urbietorbi en júbilo, trino del paraíso, gracia y ónice de luz, ave vivísima..." ¿Qué otra cosa es la propia tierra, la propia alma? Porque la ascensión de Castilla se realiza poniendo los sentidos -el oído, el olfato, el gusto, la vista, el tacto- a plena presión. Y la ebriedad, la identidad no se produce por el simbolismo de Claudio Rodríguez o el romanticismo de Colinas, sino gracias a un baño lustral, dentro de los dones preternaturales y la vida triunfante. Para Octavio Uña, Castilla está al otro lado de la aurora, antenacida.

La técnica poética es una consecuencia de la concepción fenomenológica del libro. Un ámbito de raptó, de ascensión y vuelo se refleja lógicamente en los registros formales que rompen el juego estilístico usual -con un uso deslumbrante de paranomasias, con máxima apertura del sentido habitual-, para hacerla flotar en suspensión, en transparencia, espejeante, alada. Así, en "Y como vino se fue" (el libro está dedicado a León Felipe, y bien se compadece con él en la evocación genuina de esta primera parte). Octavio Uña revive



su salmo peregrino con claros hallazgos. Los fundamentos de Ciudad del ave hay que buscarlos, quizá, en "Alma región luciente" mediante la voz del barro, la voz de los aromas, los sonos del agua, las ciudades del pan y del vino, y las aves y los pájaros...

Ciudad del ave cuenta nada menos que con un penetrante texto de Ludwing Schrader, catedrático de la Universidad de Dusseldorf, que vale por el más espléndido ensayo de la lírica uñajuareciana, al llamar la atención sobre la identificación Angélica-Castilla, por mor de los rasgos supra-personales que aparecen sin duda en "De la heredad de Angélica y su hacienda". Y es que, efectivamente, aquí y en "Breviario de indulcedumbres" se fija estéticamente el tono del libro. Angélica anuncia la propia luz de Castilla, luego circunstanciada en "Cancionero de Sansueña" y "Día séptimo". Si por todo el libro el poeta queda disuelto y asunido, en los poemas de arte menor -octosílabos y heptasílabos, por ejemplo- Octavio Uña nos espolea con una atracción andante, donde la musicalidad del verso se empareja con el ritmo interior. Tenemos así una levedad de cosa alada, vía segura que integra la nostalgia edénica en la vasta dimensión cósmica.

Florencio MARTINEZ RUIZ

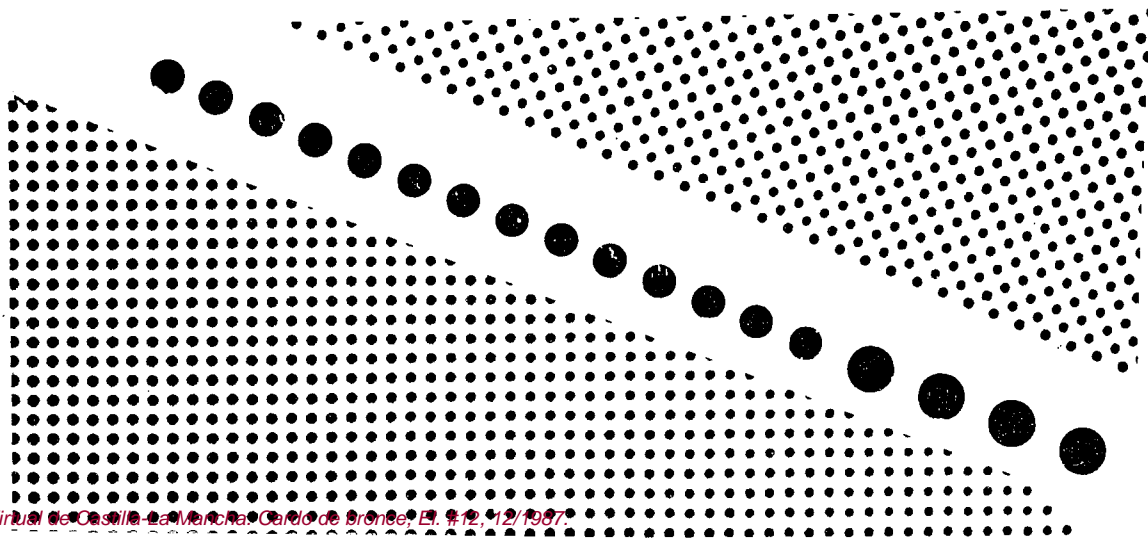
NOTAS.-

(1) Las obras poéticas publicadas de Octavio Uña son: Escritura en el agua, Ed. Vox, Madrid, 1976; Edades de la tierra, Ed. Nudo del Alba, Barcelona, 1977; Antemural. De una elegía por Castilla, Ed. El Toro de Barro, Madrid, 1979; Castilla, plaza mayor de soledades, Ed. del Consejo General de Castilla y León, Madrid, 1980; Usura es la memoria, Ed. Vox, Madrid, 1981; Mediodía de Angélica, Ed. Enjambre, Guadalajara, 1983; Ciudad del ave, Ed. de la Fundación Ramos de Castro, Zamora, 1984; Labrantíos del mar y otros poemas, Ed. Vox, Madrid, 1986; Cantos de El Escorial, Ediciones Escorialenses, S.L. de El Escorial, 1987.

(2) Sobre su producción literaria ha aparecido igualmente un gran número de escritos: JIMENEZ MARTOS, L., "Para empezar una colección", en Estafeta Literaria 613 (1977), p. 284 y ss.; RUBIO TOVAR, J., "Nuevamente el mar", en Reseña, 110 (1977), p. 18 y ss.; OLMO, R. del, "Escritura en el agua de O. Uña Juárez", en Religión y Cultura, XXIII, (1977), pp. 89-91; LOPEZ MARTINEZ, J., "La obra poética de Octavio Uña Juárez", en Rev. Todo (México D.F.) 6/III/1978, p. 29 (Texto reproducido en Lanza (Dominical de Letras y Arte) 14/V/1978 y El Adelanto, 7/V/1978); OLMO, R. del, "Edades de la tierra", de O. Uña Juárez, en Religión y Cultura, XXIV (1978), pp. 391-392; MAGARIÑOS, A., "El oficio de Castilla en la obra de Uña Juárez", en Religión y Cultura, 107, (1978), pp. 719-723; DOMINGUEZ REY, A., Antemural, en Arbor, 412 (1980) pp. 124-127; QUIROGA, M., "Octavio Uña: Castilla y otras angustias", en Cuadernos Hispanoamericanos,

371 (1981), pp. 396-401; SAEZ ANGULO, J., "Castilla despues del 98", en Nueva Estafeta, 33-34 (1981), pp. 102-103; SANCHEZ, J.J., "La obra poética de Octavio Uña Juárez", en Nueva Etapa, 47 (1981), pp. 39-48; OLMO, R. del, "Carta a Octavio Uña", en Religi6n y Cultura, 26 (1980), pp. 85-87; ID., "Nuevamente Castilla", en Ibid., 27 (1981), pp. 251-254; ID., "Buscando en el olvido", en Ibid., 28 (1982), pp. 267-270; APARICIO LOPEZ, T., "Octavio Uña o la intensidad de la memoria", en Religi6n y Cultura, 138 (1984), pp. 63-82; GARCIA OSUNA, C. -COSSIO, J.J. de -QUIROGA, M. -SAEZ ANGULO, J., "Sobre la obra poética de Octavio Uña", en Nueva Etapa, 48 (1982), pp. 73-80; GARCIA, C., "Castilla: sola y dolorosa. Acercamiento a la obra poética de Octavio Uña", en Religi6n y Cultura, 143 (1984), pp. 633-647; APARICIO LOPEZ, T., Esperanza contra el viento. Bécquer, Machado, J.R. Jiménez, y Octavio Uña, Estudio Agustiniano, Valladolid, 1985; ALFARO, R., "Ciudad del ave. Castilla contemplada", en Reseña, 156 (1985), pp. 144-145; SVERDLIK, O., "Octavio Uña Juárez", en Iton 77. Literary Monthley (Tel Aviv), 60-61 (1985), pp. 23 y ss. (Incluye varios poemas vertidos al hebreo); IZQUIERDO, S., "Octavio Uña, palabra de Castilla", en Sillar, 20 (1985), pp. 469-478; AGULLA PIZCUETA, X., "Unha dévoda pasada e unha lectura presente", en Faro de Vigo, 25 de abril de 1985 ("Artes y Letras", Semanario Cultural, nº 116, 28 de abril de 1985. Incluye versión gallega de algunos poemas); OLMO, R. del, -GARCIA, C., "Nuevos poemas castellanos de Octavio Uña", en Religi6n y Cultura, 150 (1986), pp. 101-117; SABUGO ABRIL, A., "Nuevo libro de Octavio Uña", en Nueva Etapa, 49 (1983), pp. 147-148; TORRIJOS, J.M., "La soledad ensimismada de Octavio Uña", en Nueva Etapa, 50-51 (1985), pp. 165-166; ZARDOYA, C. - DE COSSIO, J.J., "A vueltas con Ciudad del ave", en Nueva Etapa, 52 (1986), pp. 261-268. A propósito del temario castellano son reseñadas y comentadas las obras de Uña en: SANZ VILLANUEVA, S., Historia de la literatura española, vol. 6/2: El siglo XX. Literatura actual; Ariel, Barcelona, 1984; HERNANDEZ, B., Avila en la literatura, I, Ed. de la Caja de Ahorros de Avila, 1984; ALVAREZ TURIENZO, S., El Escorial en las letras españolas, 2ª edic., Ed. Patrimonio Nacional, Madrid, 1985; DE LA RICA, C., Los mimbres de mi cesta, Ed. El Toro de barro, Cuenca, 1986; Cuadernos para investigación de la Literatura Hispánica, 7 (1986), Fundación Universitaria Española, Madrid.

A. Alvarez Villar, L.L. López Aranguren, P. Laín Entralgo, R. Flórez, Leopoldo de Luis, L. Schrader, M.T. Bertelloni, y José López Rubio han prologado varios poemarios del autor. Igualmente se han ocupado de estas tesis castellanas y castellanistas -y muy frecuentemente- lo "cuadernos" literarios de ABC, Ya, El País, Diario 16 y diarios de las provincias de Castilla. En Antemural, la elegía castellana de Octavio Uña, tesis de licenciatura de C. García Osuna, inédita, defendida en el departamento de lengua y literatura española de la Facultad de ciencias de la Información de la Universidad Complutense, se establece un amplio estudio de Antemural.



# POEMAS





## MEMORIA DE TOMELLOSO

**U**n día volveremos al "país de las viñas",  
allá donde las tardes son igual que un espejo  
en el que la memoria se contempla su imagen,  
y es resplandor de pronto el corazón temblando.

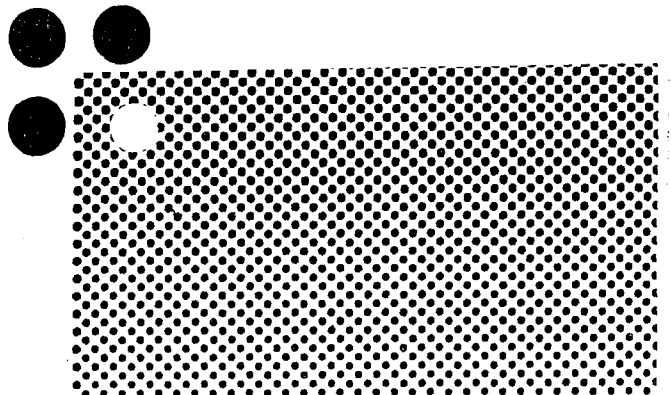
Volveremos, y el día se tornará caudal  
como la luz precisa que adelanta el prodigio  
de las anunciaciones de sus propios milagros:  
el carro de las mieses, las serillas de uvas,  
las ventanas abiertas al otoño y al campo,  
o Dios entrando en casa para cenar contigo.

Un día volveremos al "país de las viñas",  
al lugar donde Eladio Cabañero miraba  
pasar por Río-Záncara sus versos y los trenes  
de la infancia, o los mostos de la alegría entonces  
nos temblarán de música la ebriedad de las manos.

Un día volveremos a Tomelloso. El aire  
nos pondrá entre los labios la añoranza y el fruto  
de un asombro ardoroso tan subido de grados.

Mientras, aquí en Madrid, en las prisas finales  
de la conducta, lejos de la vendimia, lejos  
de la anchura infinita que en Tomelloso tiene  
la paz, el sol, el largo cordel de los paisajes  
desatados, estamos tristeando en el frío,  
o buscando un poquito de amor que nos cobije.

Aquí, donde ahora nadie nos pronuncia palabras,  
musicales y antiguas como en la Mancha, dulces  
proverbios luminosos, los refranes rurales  
en los que Dios y el haza se confundían prietos  
de una querencia íntima como un beso de lumbre,  
quedamos recordándonos hasta a nosotros mismos.





Se regresa el espíritu a Tomelloso. Iremos por la hermosa costumbre con que los surcos guían la inocencia buscando la raíz y el estruendo del universo en llamas, la pureza extendida de las auroras altas más que van los vencejos.

Aquí donde ahora nadie te saluda diciendo "Buenos días, hermano", o "Usted quede con Dios", ni habla con el trato patriarcal de un idioma de quintería, blanco como el candeal sonoro de "Solespones", hondo como la luz difícil de "Rebinar", macizos vocablos transparentes, anchos como cinturas de tinajas voladas, nos quedamos alzando el pensamiento, puestas las dos manos encima de los ojos del alma frente al sol, para ver mejor los recuerdos de aquellas calles largas que nunca terminábamos de recorrer, los rojos ocasos tan translúcidos de noviembre, o el quicio de la noche entreabierto en "Los Portales", toda la anchura de la Plaza por la que cruza el verso todavía de Eladio, el ganado de cabras de Félix Grande, o pinta Antoñito el misterio de las desolaciones.

De nuevo volveremos a Tomelloso un día, con la añoranza a cuestras como un costal de trigo, a besar muy despacio toda la luz y el aire, o a ver cómo las cosas están allí perfectas tal un cuadro perenne de Antonio López Torres.

Volveremos un día al "país de las viñas", no a enterrar a los muertos ni a decir oraciones sobre el sagrado luto de las tumbas amigas, sino a cantar en corro padrenuestros azules, o cerciorar que alguien nos quiere todavía y no pudimos nunca lograr agradecérselo.

Salías a la calle de la Feria y hallabas paisanos que con lenta paciencia inacabable miraban a las nubes, se liaban un pito frente al "Alhambra", hacían lo que tienen que hacer Chullas, Pantojo, Pluma o Malaño..., y ahora uno recuerda cuánto se quedó en Tomelloso.

Un día volveremos al "país de las viñas" admirados de tanto corazón derramado.

Valentín ARTEAGA

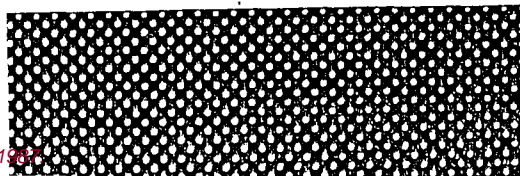
## LOS GIRASOLES

"Un sol, una luz... amarilla, amarillo de azufre pálido, limón pálido oro. ¡Qué hermoso es el amarillo!".

(V. van Gogh, correspondencia. Arlés, Agosto de 1888)

**P**or las llanuras de la Mancha se ha corrido la voz y los girasoles, enhiestas y llameantes sus corolas, han detenido el cadencioso ritmo de pleitesía solar, mientras las perdices rojas auscultan los vientos procedentes de CHRISTIE'S, vía Greenwich, y el jornalero consulta con nerviosismo en una enciclopedia, comprada a plazos, para que su muchacha saque el graduado escolar, el nombre "GOGH, V. van", porque le ha dicho el hijo del amo, que estudia ingeniero, que ahí encontrará la clave de la actitud provocadora de estos girasoles rebeldes. Todos están preocupados, se masca la tensión, y Don Manuel, el viejo cura, dice que nunca vino nada bueno de la pérfida y hereje Albión.

En sus "Girasoles", Vittorio de Sica muestra que la felicidad al presente es toda la realidad y, aún habiendo amor, una pareja de campesinos queda separada; la guerra y otra mujer se imponen como única forma de existencia. Lo otro, ya es sueño.



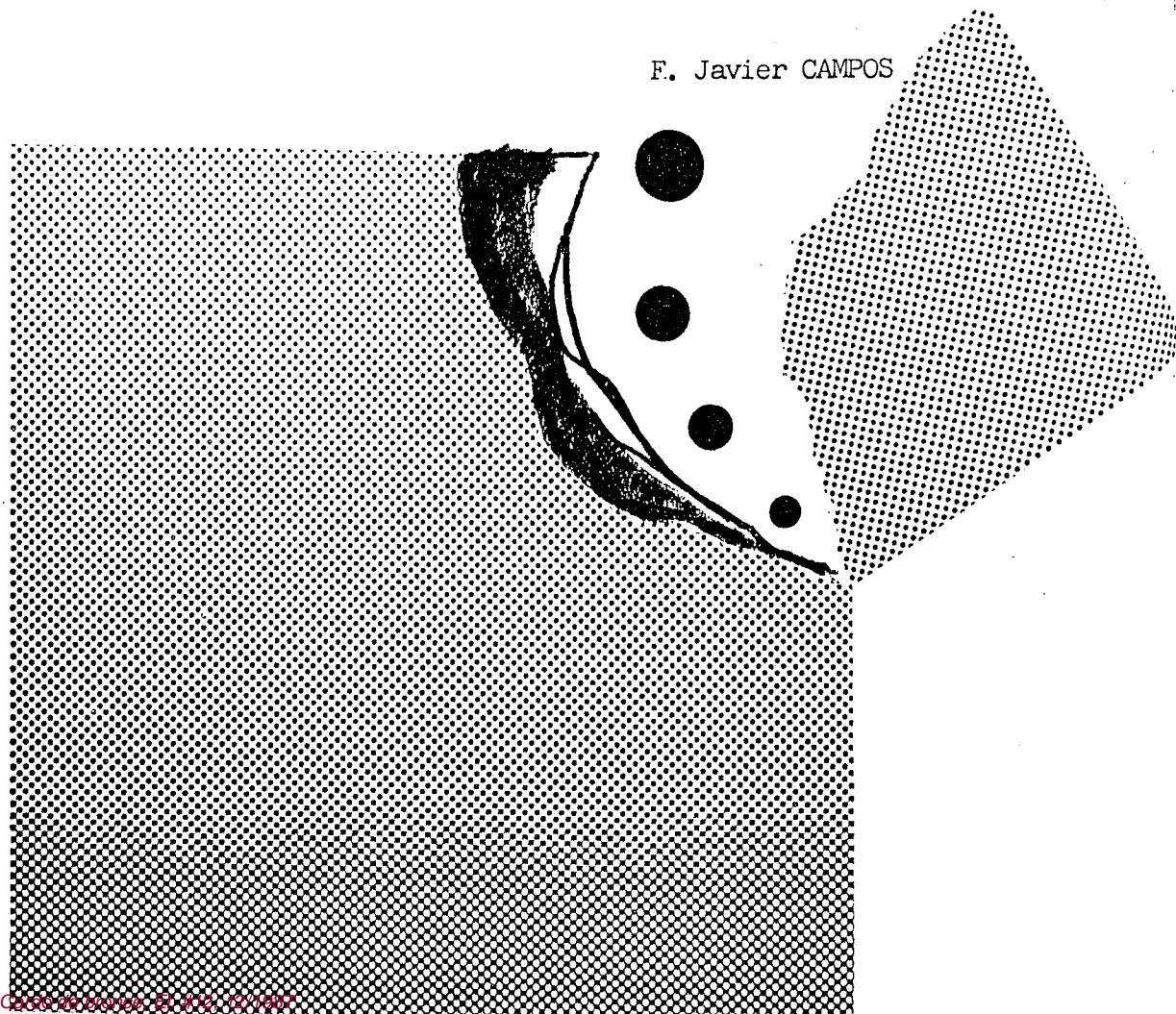
En la Plaza del Pilar de Ciudad Real, Don Quijote mira desnortado al cielo porque las estrellas no le muestran el camino de la bomhombría y, junto a la Puerta de Toledo, Cervantes, cabizbajo, se siente hundido porque la Mancha que él trató de regenerar, por medio de la utopía, continúa postrada en la incuria de un ambiente torpe y culpable.

Los intelectuales y artistas reunidos en su tertulia del Hotel AMERICAN, en Amsterdam, han guardado silencio, asustados ante la noticia que transmitían los teletipos de las agencias; las 200 pinturas y los 500 dibujos del no lejano Rijkmuseum Vicent van Gogh, han gritado humilladas y ofendidas: que el artista se muera de hambre, es un delito contra la existencia que crea estos seres maravillosos, sin embargo, querer comprar el arte, es un crimen contra el espíritu y la libertad creadora del hombre.

"Los Girasoles" de las series de Londres, Munich, Filadelfia y Amsterdam, han sudado sangre, enrojeciendo el dulce amarillo por el que suspiraba emocionado, después de éxtasis luminosos, cabe al Mediterráneo de la cultura, Vicent. No es atentado, han afirmado los directores de los museos; no tienen restauración, han asegurado los mejores especialistas.

Mientras, en una clínica de reposo de Arlés, una pobre vieja, sin familia, entre delirios y alucinaciones, con mirada extraviada y sujeta con correas a un sillón, canta entre dientes: "el oro ya no es oro, es fuego; han violado al amarillo, y sangra sin ser el ocaso".

F. Javier CAMPOS



## DEZIRES

### I

**E**stoy desterrado aquí  
donde mi vida naciera.  
Estoy desterrado y  
lo estaré hasta que muera.

### II

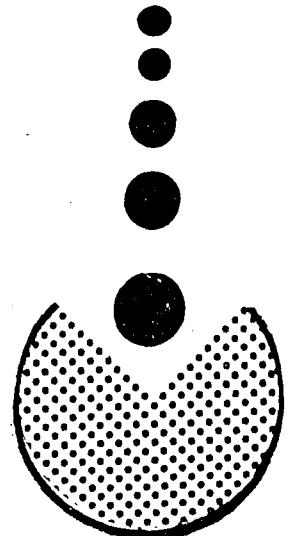
**D**entro de mi corazón  
luchó yo conmigo mismo.  
Luchamos. Contrarrazón  
agonía y paroxismo.

### III

**S**iento estar entre una nube  
invisible o sombra.  
Ante un espíritu frente  
a mi cuerpo y pensamiento.  
Tiembra el esqueleto  
de mi alma como  
diminuta lamparilla  
sobre un plato de aceite.

### IV

**M**is sentimientos son ceniza  
de palabras. Duermen en el paladar  
de mis sueños. Germinan  
en los rincones del futuro.



V

**¿I**r y venir es lo mismo?  
Son caminos diferentes.  
Diferente realismo  
el de la espalda y la frente.

VI

**L**a vieja verdad es vieja  
pero es verdad. Y la nueva  
no lo es hasta que, añeja,  
sea joven cual lo es Eva.

VII

**C**uando la ventana la abras  
al huevo de las palabras  
encontrarás, bien impreso  
mondo concepto, en el hueso.

VIII

**D**e manos del cuerpo, su hada,  
mi alma, en el subterráneo  
de la ciudad, se traslada,  
cual si cruzara su cráneo.

Antonio FERNANDEZ MOLINA



## DE PISAR SOLEDAD

A Valentín Arteaga, desde mi fe sin límites.

**S**ilbaban los vencejos como agónicas sierpes. Había arcilla en la luz y en la piedra cansancio.. De pisar soledad mi honda huella era incienso, y era de almendra el sol descansando en mis sienes.

Nunca pudo la luz sostener la fatiga. En mi viejo reloj la quietud perduraba. Iba el cielo en vigilia, serafines de menta en la siesta clavaban su salterio azulado. Quién cruzaba el jardín de mi corazón huérfano, quién grababa su nombre en mis labios de dáttil. Sólo sé que era estío, y lloraban los campos como un beso amarillo que no encuentra sosiego.

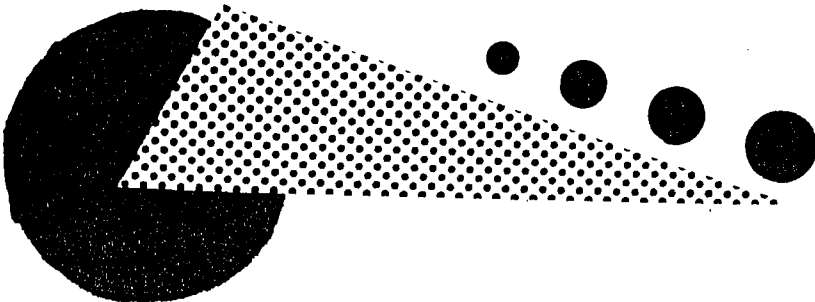
Oh, bendita quietud, alma humilde y celeste, que dibujas lagunas en los valles del alma. Contemplándote iba, infinita certeza; y héme aquí, casi en ruinas, entregado en el atrio.

Abre ermita colgante de la luz tus cancelas, y que anide el amor en tus lánguidas bóvedas. Pues las zarzas devoran tus paredes de nube, y en tu mágico umbral brotan rosas silvestres.

Oh, Señor que bendices encinares solemnes y alzas huertos de cal en los blancos paisajes; deja tu alta quietud en la hiel de mis ojos, haz que brote un jardín en el sur de mi sangre.

Había arcilla en la luz y en la piedra cansancio. La tristeza del valle era un lirio infinito. De pisar soledad mi honda huella era incienso. Los vencejos silbaban como agónicas sierpes.

Alejandro LOPEZ ANDRADA





He's a Rainbow

(The Rolling Stones)

Reformando un music bar

A un joven disperso en la unidad  
cromática que transporte proyectos de materia  
para una construcción...

**C**asi perfecto perfectivo.  
La propia dinámica objetual convergía  
en el azul mahón  
del buzo sin mangas:  
emisario de mezclas; no de ahora, no será en nunca  
presa del tiempo, no,  
impúdica parcela -inconscientemente-, que las axilas,  
un pezón sonrosado ruptura la línea escurialense  
de su tórax contrito.

La perfección expende audaces normas  
para brevísimos reinados. A veces, ocurre,  
que el deseo se aventaja ante el motivo amado,  
cuando es tiempo de la confrontación,  
mas casi nunca, ante la carne presentida.  
Mensajero de andamios, no censado oferente,  
el torso excomulga  
a la sublime exaltación,



## SÍMBOLO DE METAL

A su artífice José Treviño

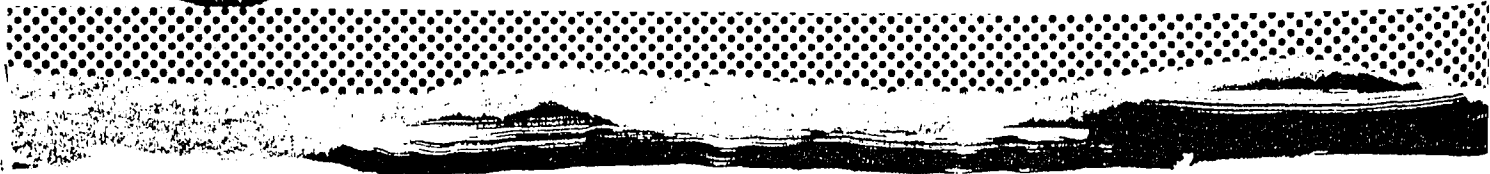
### I

**N**adie se presentó de madrugada  
a urgir del cardo la florida aguja.  
Nadie, con su agasajo, lo apretuja  
con muestra de pasión despreocupada.

Un cardo es una joya denostada,  
similitud de tigre, aunque no ruja;  
una posible herida si se estruja  
sin miedo a su belleza rechazada.

Pero a "El Cardo de Bronce" marcha el ojo  
como un beso de envidias; como abejas  
al panal de las manos de Treviño.

Cardo que, más que cardo, es el antojo  
de agujas simulando comadreja  
que metaliza el arte por cariño.



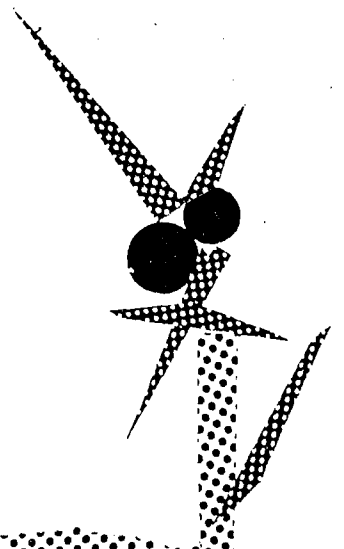
II

**A** sí del Cardo singular retrato  
llega al poema como en urna de oro.  
Cardo que su tañido más sonoro  
le viene de campana y arrebató.

Cardo que siendo símil de alegato  
es precisión de alambres, un tesoro  
donde la mente hilvana con decoro  
el verso de la sangre que es ornato.

Y, forja de metal, casi palabra  
hecha similitud de poesía,  
una sierpe de dardos son pilares.

Surcos en la memoria, "abra cadabra"  
de una alquimia eternal. Orfebrería  
que atrapa los impactos oculares.





III


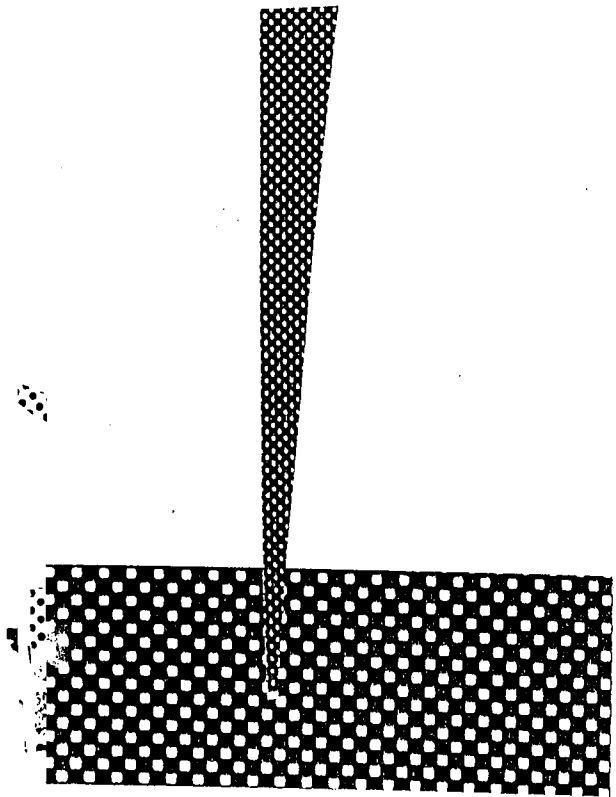
*j* Qué cetro, qué laurel, qué letanía  
poner arrodillada ante tus manos,  
lagartos laboriosos, artesanos,  
que erizan de metal la poesía?

Si herir El Cardo, antojo me podría  
herir, como me ha herido, los humanos  
retratos de tus viñas y mis llanos,  
hechos, como los cardos, de sequía.

Pero tus manos no, tus manos tienen  
un ángel de estañadas transparencias  
que convierten en bronce la hojalata.

Dóciles artesanas que devienen  
hermosas -más que el mar- fosforescencias  
que el tiempo, por no herirse, ni desata.

Antonio MATEA





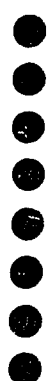
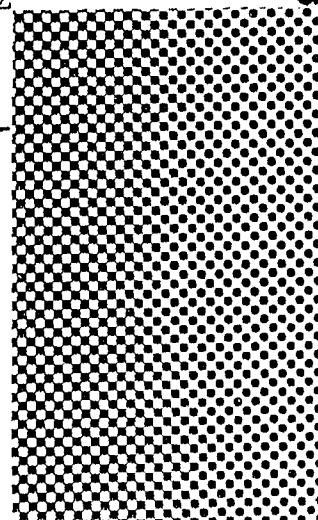
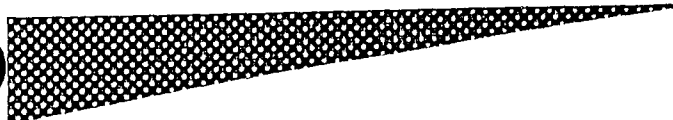
## YA NO SOMOS NIÑOS

**P**uedes escribirlo allí donde dicen  
que todos guardamos un poso de infancia  
Los sueños que fueron  
atrás se quedaron  
Y ahora nos queda vivir conquistando  
momentos de vida  
y fé en la esperanza  
De aquello que fue  
ni el recuerdo lo guarda

Sólo nos queda andar el mañana  
Se nos ha perdido el color de los labios  
Y nos han abandonado las caricias de la sábana

Tres veces volví la cabeza  
Como esperando el beso de Judas  
Pero tú no estabas  
Sólo a los Dioses les es permitido  
conocer la traición  
Y a los hombres esperarla  
-Tú no estabas-  
Por una vez el destino  
jugó a tu favor  
Pero es la última  
Para tí la cabeza erguida  
Para mí tu espalda  
Todo un plano donde jugar  
balanceando la cornisa de mis ojos  
repudiándote la mirada  
Ya no somos niños  
Puedes escribirlo allí donde dicen  
que todos guardamos un poso de infancia.

Jesús MARTIN RODRIGUEZ

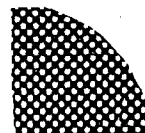


# HASTA QUE EL MAR NACIERA DE UNA TUMBA

(Premio "Angel López Martínez" 1987)

A Aniceto Alfaro  
a quien tantos y tan difíciles  
años de amistad me unen.

**¡O**h pena esfenoïdal y subterránea,  
que hincas en mis huesos tus raíces  
y encharcas de silencio mi osamenta!

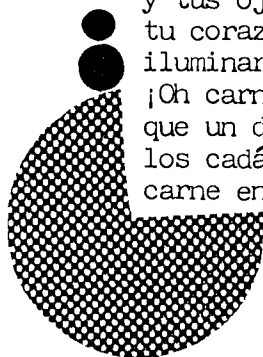


También se retuercen de agonía los rincones  
donde lloran acurrucados los muertos,  
y derraman sus cráneos afligidos,  
y derraman su espuma agonizante,  
y derraman sus ojos... sus orillas,  
y esperan en silencio como el mar.

Aquel muchacho, padre mío, jamás creció,  
aquel muchacho que jamás aprendió a amar,  
aquel cadáver,  
aquel muladar de ceniza y desolación,  
aquel muchacho hoy, padre, está llorando.

¡Si desembocaran en tu alma dulce sus lágrimas,  
y tus ojos fueran su tumba,  
tu corazón transparente su sangre  
iluminara!

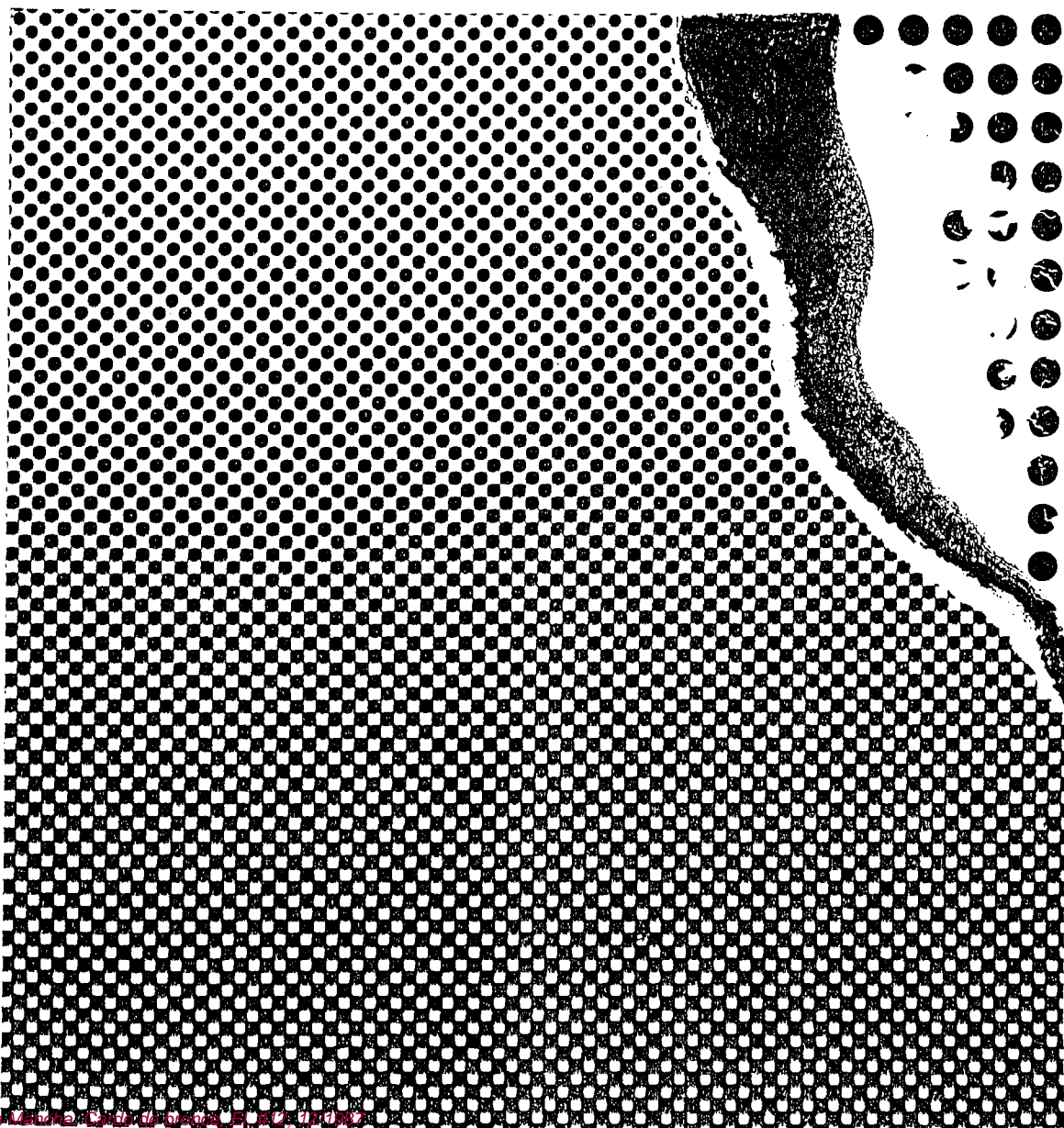
¡Oh carne chorreante de inmensidad  
que un día habrá de alimentar  
los cadáveres que llevo dentro,  
carne en que abrevarán todas mis heridas.



Aquel muchacho está llorando,  
y se retuercen de agonía los rincones,  
surtidores de horror;  
"Padre mío, la esperanza morirá con el hombre",  
te dijo mientras atardecían sus ojos,  
y aquel muchacho seguirá llorando  
hasta que el mar naciera de una tumba,  
hasta que sus lágrimas fecundaran  
torrentes de luz con sus raíces en las esquinas del viento,  
y el agua chorreara su gozo por la sombra,  
hasta que la tierra ofrendara sus manos y sus venas,  
hasta que la luz nos visitara y nos ungiere.

No nos queda otra cosa que esperar,  
alzar nuestros brazos como dos mares de necesidad,  
arrojárselos a Dios  
y luego vorazmente morir.

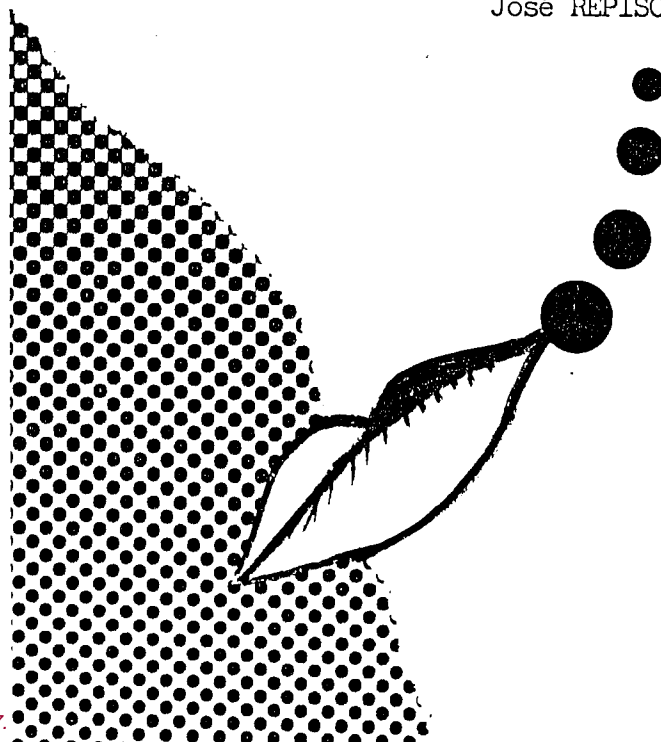
Manuel MORENO



## ESTA NOCHE

**E**n el deseo sonámbulo de tus labios  
refugiaré las estrellas submarinas,  
vengo de la erupción de las islas  
alumbrando ritos nativos de la sangre  
ofrecidos por el rayo originario  
de los dioses salvajes del grito,  
fecundaré mi presagio de amor,  
necesito tus músculos en alerta,  
tu vientre en llama, tu magia en aroma,  
esta noche apasionadamente  
quedará en nuestras lágrimas.

José REPISO MOYANO



# PLIEGO DE POESIA





FEDERICO GALLEGO RIPOLL

CIRCULO DE LA TIERRA

para Juan Sánchez



**F**ederico Gallego Ripoll nació en Manzanares (Ciudad Real) en 1953. En 1971 se integra en el grupo "Lazarillo T.C.E.", con el que colabora en diversos espectáculos teatrales. de 1973 a 1976 cursa estudios de turismo en Madrid. Reside en Barcelona desde 1978.

Fue padre de "La Tarara" -hoja literaria- e hijo de "La Mujer Barbuda" (ambas precozmente extintas).

Fue accésit del premio Antares, de poesía, en 1979 y del premio Adonais, en 1985.

Premio CASTILLA-LA MANCHA de Poesía en 1985.

Se halla incluido en la Antología "Ciudad Real: Poesía Última" (Ciudad Real, 1984).

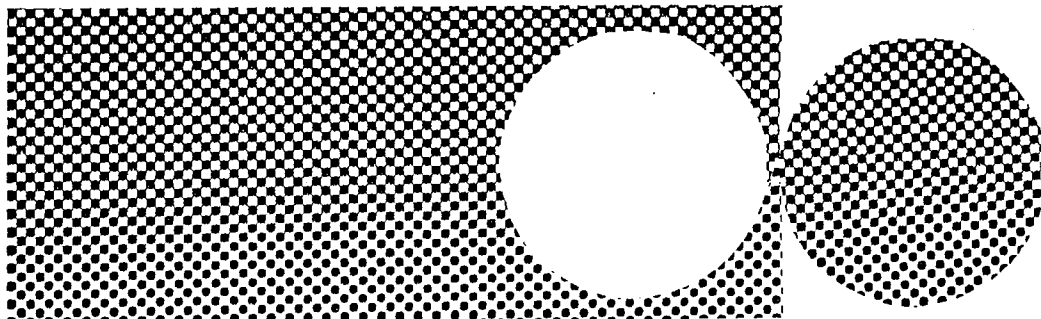
Su obra publicada comprende:

"Poemas del Condottiero (paisaje para una batalla)", (Rialp, Adonais, Madrid, 1981).

"Libro de las metamorfosis" (Biblioteca de Autores Manchegos, Ciudad Real, 1985).

"Crimen pasional en la Plaza Roja", (Rialp, Adonais, 1986).

"Escrito en no", (Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 1986).



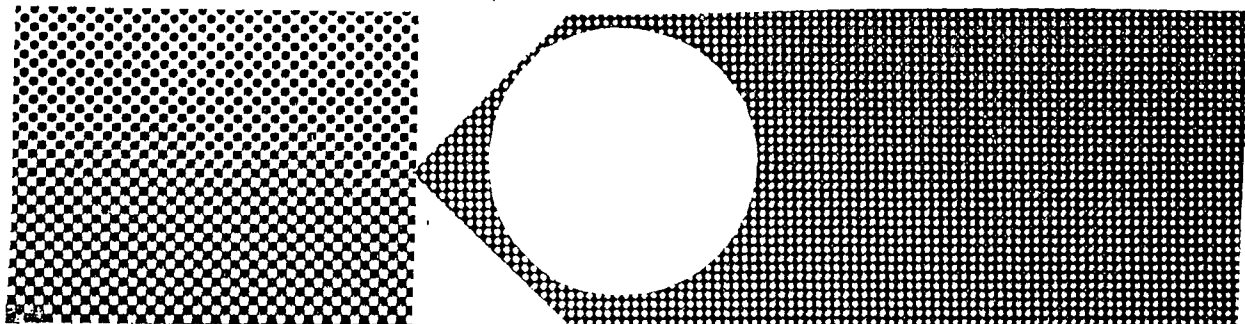
**J**uan Sánchez (autor de los tres dibujos que ilustran este pliego) nació en Manzanares (Ciudad Real). Estudió en las Escuelas de Artes y Oficios de Madrid y Ciudad Real.

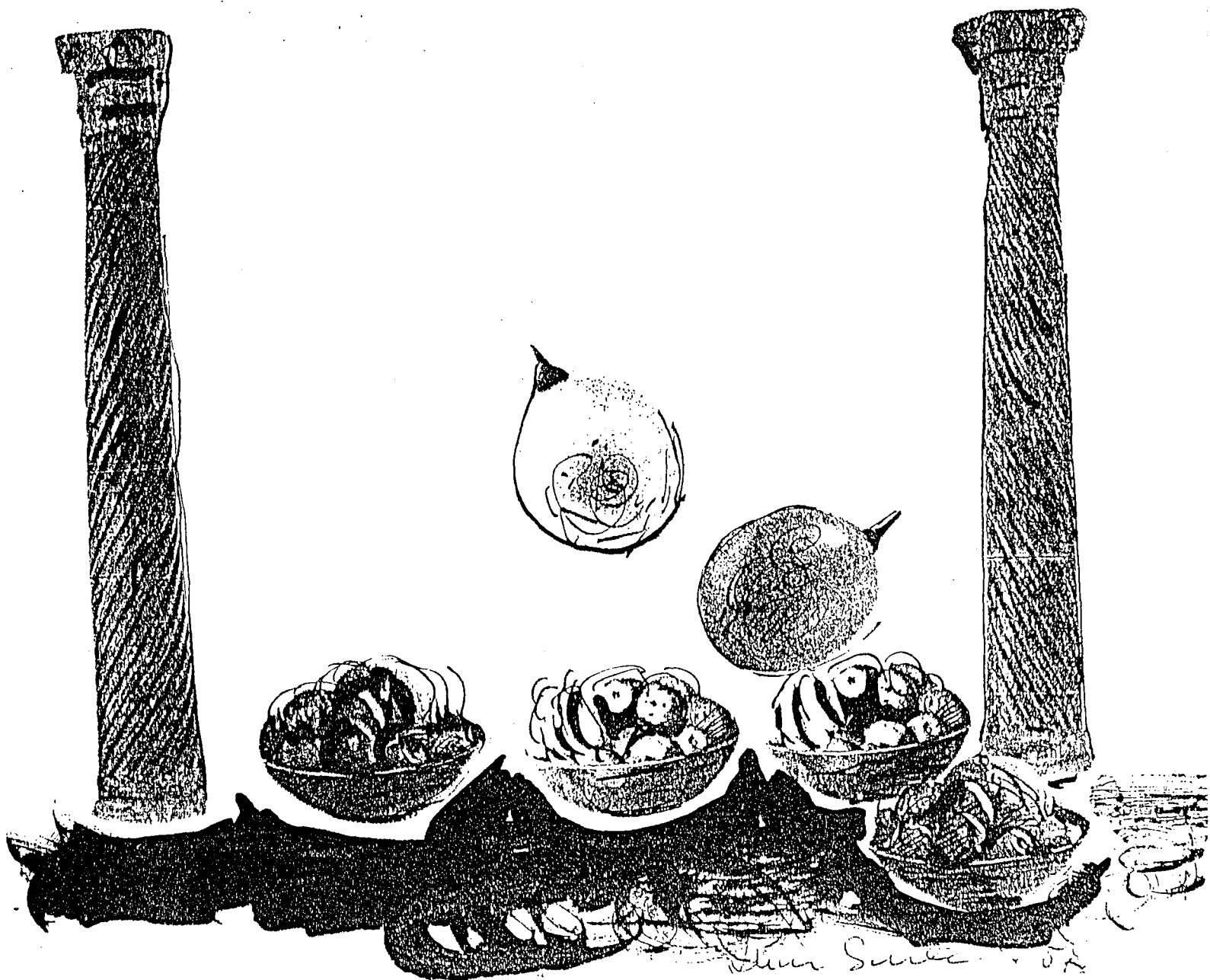
Ha realizado exposiciones de pintura y escultura en Madrid, Salamanca, Cádiz, Llauro (Francia) y Stuttgart (R.F.A.).

En 1987 fue accésit de escultura de los Premios Castilla-La Mancha.

Ha realizado ilustraciones para la Guía "El campo de Montiel", del Ministerio de Transportes y Comunicaciones.

Es colaborador de la Revista "Piel de Sapo".









## ABRIL

**T**IENE abril la llanura  
como el mar tiene frío  
y dolor de cabeza la montaña.

Abril como un pequeño tatuaje,  
como una mueca airosa.

Abril como un amor oculto,  
impronunciado.

Abril como un espejo en el que mira  
-cuando nadie la mira-  
ese lunar del talle, esa gozosa  
fuente de donde maman  
sus frutos el calostro.



San Juan 14

JUNIO

**y** el pan que tejes  
sobre el cuerpo interior de los olivos.  
A su verde tu verde complementa.  
No hay dos sin tres ni mar sin marinero  
que nunca ha visto el mar.  
(Que nunca ha visto el mar, pero no puede  
dormir -sin presentir la causa-  
las noches de galerna.)

JULIO

**U**N vencejo vigía  
rotea el horizonte  
de tierra tierra tierra.

-Agua a la vista  
(dice).

El gañán inaugura  
su bandera más blanca  
izada en vuelo raso  
por la perdiz y el fruto  
jugoso de la higuera.

-Agua a la vista  
(dice).

Y el mar va, y se presenta.

## AGOSTO

**E**l sol de fuera a dentro.  
Y dentro  
del sol, la sed de fuera a dentro.  
Y dentro  
de la sed, un temblor  
de fuera a dentro.

(En la taberna del ruedo  
el picador se emborracha  
de toro negro.)

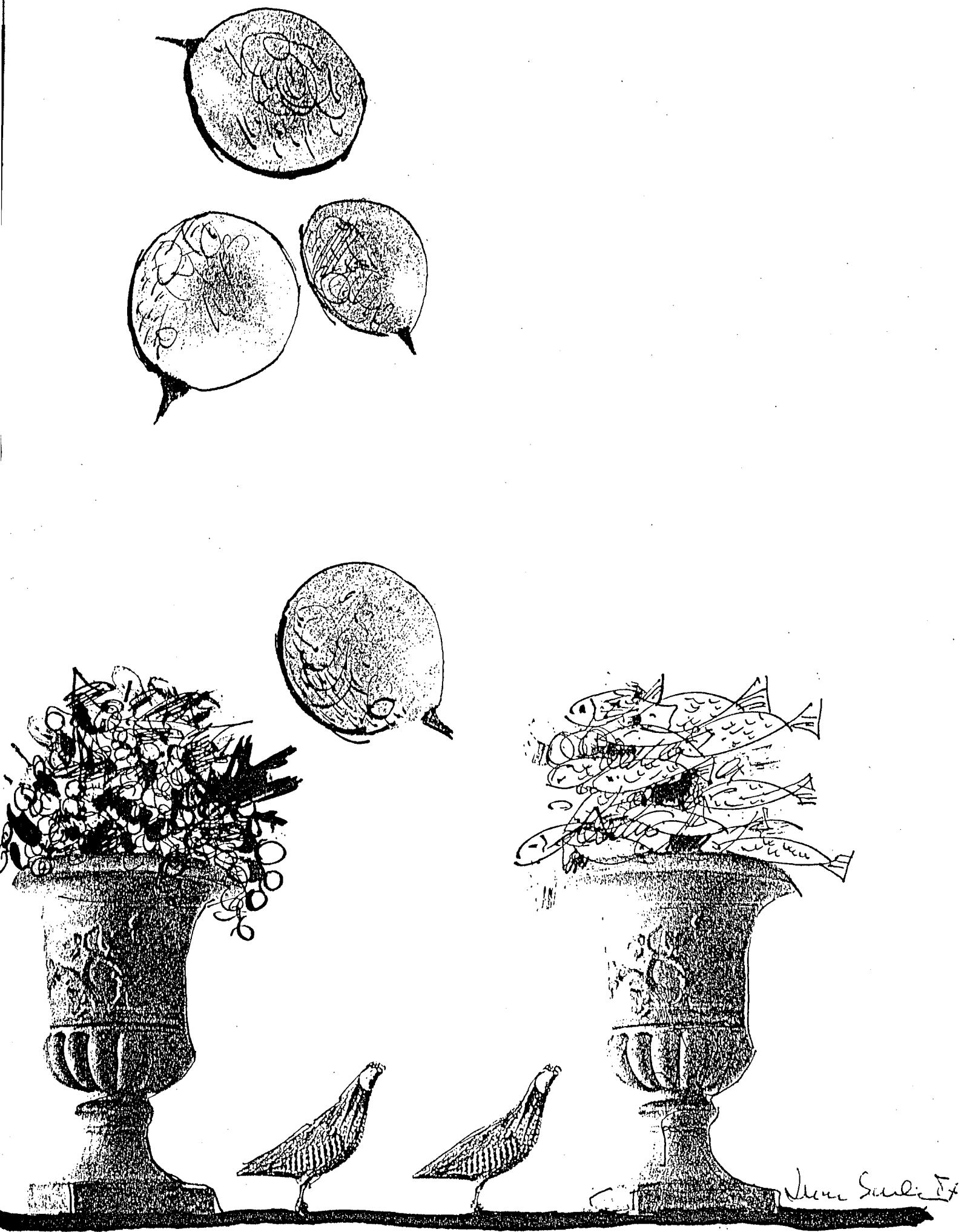


SEPTIEMBRE

**A** LA de alondra.  
Por la frente curtida  
el sudor vira al norte  
su quila sin linterna.

Anochece.

Del mar de Manzanares  
vuelven vendimiadores  
con sus capachos llenos  
de peces verdes.



## OCTUBRE

**D** EL azafrán, la enagua.  
De la mujer, el fruto.  
Del olivo, la avena  
morada.

Octubre,  
octubre loco  
lleno de mariposas.

La tarde se desdobra  
como un pañuelo.

Un arcaduz eleva  
desde la acequia el agua  
lechosa de la luna.  
Y al encender su faro  
la bicicleta,  
alguien ríe y se oculta.

El muchacho se adentra  
sin miedo en ese bosque  
que tan fuerte respira.

Al día siguiente, el campo  
flota como una novia.

**VASAR Y EMPOTRO**

**DE "JARAIZ"**

## ANTE UNA EXPOSICIÓN DE PINTURA DEL PINTOR FRANCISCO VALBUENA



Con Francisco Valbuena hay que tener un infinito cuidado. De tan solo como va por la vida se le puede escabullir su alada sensibilidad de huérfano irredimible por las cuatro esquinas de una mano. Valbuena, una madrugada manchega, se escapó al Japón y, ahora, ha vuelto a su pueblo natal porque sin duda alguna le escocía demasiado la nostalgia de los azuletes de su niñez y la violencia inaudita de los de los ponientes del Cerro de la Paz. Valbuena es mucho pintor, se sabe. Lo que ya no puede saberse es qué íntimo desasosiego le ha entrado al hombre para, con Momo y Yuichán, de puntillas, venirse ahora con toda la desnudez de la feminidad vaporosa y extática del Japón a mostrármola en la mitad más central del rescoldo inevitable de la Mancha.

De veras, es obligado mirar y admirar los cartones resplandecidos de Francisco Valbuena. Se aprende inmeditamente una cosa: la emoción existe y la belleza corporal y almendrada de la mujer, cuando el pincel tiene capacidad de arrodillamiento redime de la vulgaridad terrible que tanto nos está rodeando de prosa y pornografía. En las acuarelas japonesas y manchegas de Francisco Valbuena late el aire y se santigua de encantamiento el respiro. Sus mujeres en el alféizar del ocaso, sus mujeres en cuclillas ante un libro desnudo, el silencio que echa a volar vestiduras, el no argumento, la patria voluntad de permanecer no siendo, sin estar, sin herir, de cuanto Francisco Valbuena quiere y no quiere acariciar, hacen de su álbum resplandeciente una plegaria de despropósitos maravillosa. ¡Dios le bendiga!

Yuichán significa "única"; Momo, "flor y color y olor de melocotón traslúcido". Qué significa, me pregunto yo, Francisco Valbuena, este franciscano transplantado, inerme, en el viento de sí mismo, aquí y ahora, en estos tiempos y pueblos hoscos para la poesía, la disidencia y el pajarerío irredimible de los hombres a quienes la brújula del alma se le ha perdido en el atardecer de la memoria.

Todo el encantamiento de la pintura de Valbuena es un prodigio de firme ternura insinuante: el magisterio decantado y purísimo de un hombre cuya modestia es una sublime ceremonia de velos traslúcidos, y de una mujer Momo Malcino, una ceremoniosa poeta oriental de porcelana, así como de una niña, fresca espontaneidad azul, hija de ambos, Yuichán, musical travesura inigualable. Propongo un hermoso y esclarecido rito, para el instante de admirar sus cuadros: Asomarnos a los ojos de un pintor con lejanía en el revuelo mismo del alma,



por donde van y vienen una poeta con rostro de cierva paradisíaca y una niñita con cuerpo de ramita de naranjo.

Mi amistad y mi brindis de admiración con un poema que le regalé un día para que quisiera recordarme en tierras de Japón.

A FRANCISCO VALBUENA

**L**o mismo que una fragua de colores;  
igual que pan de tiza en cielos rubios,  
tal suave, roja y limpia ardentía,  
Valbuena, va el prodigio a tu pincel  
alzándose en el cielo detenido.

Desflecas su paisaje, su revuelo.  
El lienzo es un puñado recental  
de azules, verdes, oros, rosas, malvas;  
un nido invulnerado la llanura  
con pájaros violetas desatados  
si tú elevas el son de tu ademán  
y te sopla en los ojos persignándolos,  
pintor, Valbuena amigo, todo el aire  
de la boca de Dios para que extiendas  
tu cal sobre la tapia del misterio.

La Mancha sólo existe en tu paleta,  
febril espejerío del color  
que arde como un huerto entre la aurora.

Inventar los vasares y los cántaros  
de tu pueblo fontal puesto de pie  
sobre la luz del éxtasis sediento.

Acude una manada de crepúsculos  
a ahuyentar los molinos y las barcas  
por ese cielo mágico encalado  
de rauda inspiración y desconcierto.

Antes de tí, la luz, cuánta vigilia  
de lienzo arrebolado de blancura,  
pero subes al Cerro de la Paz  
y se suelta el cabello y se desviste  
Criptana ante tus ojos más edénicos  
como un jardín de música sagrado.

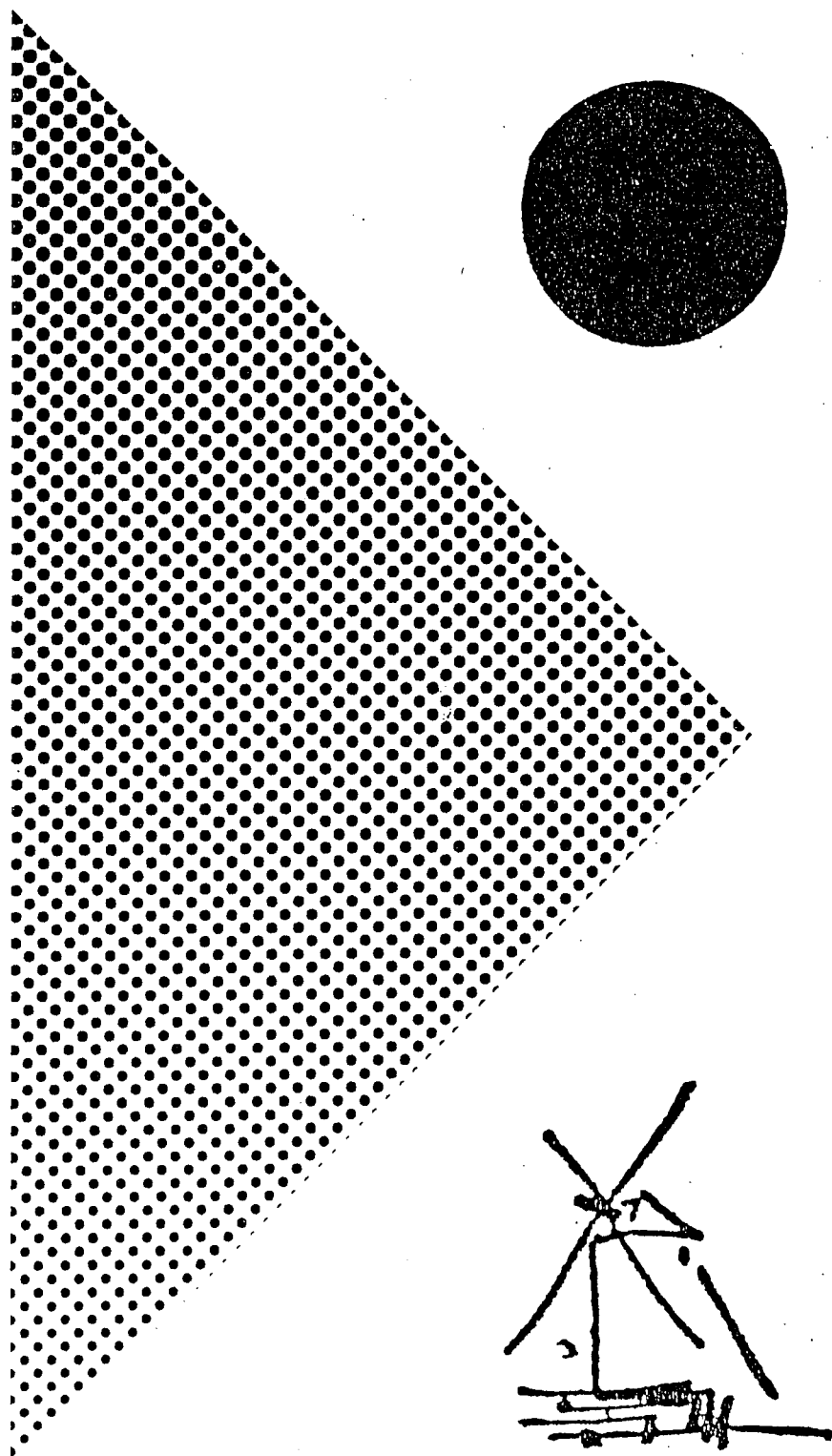
Tú descabalgas todos los umbrales,  
puro Valbuena, guía de los ocres,  
de los blancos, morados, los añiles;  
ordenador solar de qué rebaños  
de vencejos de arcilla por la tarde  
en la inocencia herida de la Mancha,  
la distancia qué espejo de colores  
cuando tú la desnudas para verle  
el corazón en cueros y lo pintas.

Paco Valbuena, mago, gañán místico,  
mayoral de la luz y el enjalbiego,

el caserío hogaza transparente  
de pan por repartir, mano más pródiga.

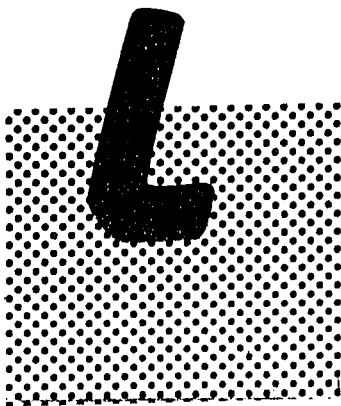
Si tú doblas el lienzo no hay paisaje  
y ya no ves a Dios, se nos resbala  
cuesta abajo a la nada tan inútil,  
inerte despertar de la acuarela.

Valentín ARTEAGA



## SOBRE "JARVIS" Y LA NARRATIVA LÍRICA DE LORENZO MARTÍN DEL BURGO

por Juan Bonilla Gago



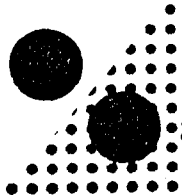
Lorenzo Martín del Burgo (1952) afirmaba hace algún tiempo, en una poética (1) que cada vez le costaba más trabajo interesarse por una poesía que no fuera narrativa. Al leer su segundo libro, Jarvis, (2), no queda más remedio que confirmar los gustos del autor.

En 1982 la colección Renacimiento, que dirige Abelardo Linares, publicaba el primer libro de Martín del Burgo. Repárese en la edad que entonces tenía el autor: 30 años. Autores que bordeaban la treintena, o la superaban, produjeron primeros libros magníficos, alejados de las ya consabidas inmadureces de otros poetas impacientes. Primeros libros de Brines, de Bejarano, por ejemplo, no son en definitiva lo que normalmente atienden al apelativo peyorativo primer libro, pues se trata de obras maduras, donde las voces personales de los poetas imperan sobre la de las influencias. Algo de ello ocurre también en Raro. Por tanto la esencia de la poesía de Martín del Burgo ya estaba, obviamente, en su primera obra publicada. El gusto por la poesía narrativa (el autor es también escritor de relatos) halagada a veces por estructuras de corte elegantemente modernista (hay sonetos alejandrinos) y una atmósfera onírica muy sugerente, a las que se suman alineaciones repetitivas, como la del poema "La tarde".

Jarvis, publicado también en una preciosa edición por Renacimiento, se divide en dos partes absolutamente diferenciadas por la estructura formal de los poemas, no por sus fondos temáticos pues en ambas nos encontramos con secuencias de un marcadísimo y agradable carácter narrativo.

En la primera parte hallamos los poemas más dilatados del conjunto: se tratan casi de cuentos en un verso libre muy efectivo casi siempre, aunque también hay otras composiciones escritas a sílabas contadas. Las historias narradas bordean esta realidad para trascenderla de una forma ora frívola, ora enigmática, en cualquier caso extravagante. Si exceptuamos las dos composiciones iniciales, una de ellas es un mero catálogo de lugares, esta parte contiene los mejores logros, y la novedad más interesante del volumen.

En ENCUENTRO, el autor se "encuentra", precisamente, con un ser ignoto que le pasa sin mediar avisa un porro y se va dios sabe adónde. El autor consume el porro pensando que acaso algún día él también huirá a otra galaxia. Este poema está escrito con una gracia especial, eficacísima. MESIAS es un análisis hondo del personaje aludido en el título: Copiamos los versos finales que confirmarán, espero, la esencia escéptica y desencantada que el autor inculca a sus personajes.



Veo la destrucción, cada instante más cerca,  
el curso irrevocable del destino,  
y cómo podría ser de otra manera,  
cómo sería posible recomenzar:  
Cuando lo pienso quisiera gritar atrocemente  
hasta romper el hechizo que nos tiene a todos paralizados,  
deslizándonos sin resistencia hacia la muerte.  
Algunos me llaman mesías.

DE MAS ALLA DE ANDROMEDA es acaso el poema más divertido del librito. Un extraterrestre llega al apartamento del autor y le pide algunas cosas que precisa para acomodar lo suficiente el viaje de regreso a su planeta, lejano, está más allá de Andrómeda, al que por lo demás el poeta queda invitado a devolver la sorprendente visita. MALPERTUIS es a mi ver, la mejor composición del volumen, también la más larga. Al principio recuerda algo al Poema Inacabat de Ferrater (Contaré una más de las absurdas/ historias de mi vida) En definitiva de eso se trata. Se nos cuenta una historia que al final "fue... un sueño acaso".

La segunda sección de Jarvis la integran exclusivamente sonetos. Domina Martín del Burgo esta forma poética con acertada agilidad, sólo de vez en vez se escapa algún chirrido o comete un exceso en ciertos encabalgamientos. La composición de catorce versos está en el caso de Del Burgo, como en el soneto propiamente inglés (Shakespeare), o en la mayoría de los de Borges, compuesta de tres estrofas de cuatro versos y un pareado final. Todos los sonetos están formados por versos alejandrinos, lo que evidencia el gusto modernista, ya ensayado en este mismo libro en la pieza EPISODIO DE LA VIDA DE ULTRATUMBA de la sección primera, del autor por la forma. Creo que esta segunda sección es en efecto, también, una pequeña historia fragmentada. El misterio y el ambiente onírico son muy propicios, aunque pudiera aparentar distracción ante el hilo narrativo. A través de 12 má 1 sonetos la imaginaria del poeta despliega un importante continente de hechos oscuros ( LA NOCHE es el título del primer soneto). En alguna ocasión el pareado final suena mal, al no ir rimado en consonante como el resto de la composición (me refiero al soneto LA CIUDAD que acaba " Imposible volverse atrás. Impaciente/ me aguardaba el destino, me aguardaba la suerte").

Al final de la serie "el peregrino" que "partió audaz a la búsqueda de lo desconocido" regresa a LA CASA y entra "en la vieja casa donde la muerte tiene su morada/ en la noche de un silencio sin alma". Por dos versos intrigantes y definitivos, sabremos que el peregrino contempló "el atávico altar del sacrificio/ donde ancestral prosigue surtiendo el meleficio".

Es posible que a algunos lectores Lorenzo Martín del Burgo no les parezca un gran poeta en el sentido estricto de esa palabra. Empero, la suya es una voz reconocible en cualquier lugar, suya precisamente, propia y propicia, llena de sugerencias y sin parangón en el actual panorama de la lírica en castellano. Fundar otra realidad, "otro sueño, a partir de ésta, de éste, es querencia básica de la gran poesía, y fundamento elemental de la literatura fantástica. Muchos autores preocupados en holgazanerías líricas y bisuterías presuntuosamente lúbricas, lo han olvidado. No así Lorenzo Martín del Burgo.

- 
- (1) CIUDAD REAL POESIA ULTIMA. Ed. Corregida y aumentada. Prólogo Lus Jiménez Martos. Introducción Valentín Artaga.  
(2) JARVIS. LORENZO MARTIN DEL BURGO. Ed. RENACIMIENTO sevilla 1987



Dice Alberto Baeza Flores que la literatura española está viviendo su Siglo de Plata y, al menos en lo que a la poesía atañe, no le falta razón al crítico chileno. En efecto, si desbrozamos la harina del salvado, que es mucho en estos pagos y no renuncia fácilmente a su acomodo, descubrimos un centenar muy largo de poetas dignos de atesorar en sus almudes el oro de la herencia y los cálices de plata, conseguidos a golpes de honestidad y trabajo. Y el fenómeno no obedece, en modo alguno, a latitudes pues no hay Región de España que no pueda brindarle a nuestro Siglo algún genuino representante en esta lides.

Castilla-La Mancha no constituye, por cierto, una excepción; o, acaso sí, pero en razón cuantitativa de sus vates. Que, en La Mancha, germinan los poetas como el trigo y, como el vino crecen, en laboriosa estirpe y buen grado. Ahí están Rafael Alfaro, Benito de Lucas, Eladio Cabañero, Angel Crespo, Ramón de Garciasol, Nicolás del Hierro, Rafael Morales, Sagrario Torres, Juan Antonio Villacañas, y tantos otros que no voy a mentar por miedo a que se quede alguno en la carpeta. ¡Dios, qué nómina de poetas y qué factura!

Y ahí están también estas veintidos voces, cada cual con su garra o sus agraces, con su estilo y su prosapia, que conforman la "Antología del Grupo Guadiana", ahora en nuestras manos. Poetas, en fin, de vario relieve: maestros y futuros poetas, aún no hechos, pero que avanzan por el camino acertado hacia la buena poesía.

Y es que, en esta "Antología", no es la uniformidad lo que se busca, ni siquiera la calidad medida desde arriba. En absoluto. Lo que se pretende no es enraccimar a un grupo de poetas consagrados, sino dar testimonio de la poesía que hoy se escribe en este prestigioso colectivo manchego llamado "Grupo Guadiana". Hay, naturalmente, poetas de altos vuelos, y otros -los menos- cuya obra nos parece más frágil, menos consolidada. Pero ha de ser la historia la que se encargue de pronunciar la última palabra. Nosotros creemos, de verdad, en su futuro. De momento, Vicente Cano, presidente del Grupo y batelero en esta singladura, los ha convocado a todos a la mesa del poema. Porque como apunta Rafael Alfaro en el prólogo del libro: "La presente Antología Poética del Grupo Guadiana, sale a la luz como un río ancho y compacto, al que se han sumado tantos afluentes, cada cual con el caudal de su poesía, con su corriente diversa y diferenciada. Todos unidos en un mismo cauce, pero sin perder su personalidad



inalienable. El libro cumple así la misión de unir y reunir, atar y encuadernar lo que la vida y la amistad habían logrado mucho antes".

Veintidós poetas, cada quien con su corriente diversa y diferenciada, pero con algo en común que los enjambra: su fe en la poesía y su amor a la Mancha. Veamos si no, estos versos de Vicente Cano:

"Canto a mi tierra. A los míos canto.  
Me doy a quien me debo  
o, si queréis mejor, me busco  
allí donde me encuentro"

La Mancha... ¡cuánta fortuna sembró en estas tierras de luz y de Quijano la generosa mano Creadora!, ¡cuénto fervor y entrega a esta España a veces distraída!. La Mancha y su Guadiana, sumiso de ojos grandes, de las siestas de pan y de las gentes nobles como el redaño del sol sobre el olivo.

"Canto a mi tierra. A los míos canto"

Por lo demás, aquí laten la hondura filosófica, la contemplación y el idealismo de Valentín Arteaga: "Yo sólo era un terrón casi partido./ Tras la gleba que has hecho mi estatura/ ignoraba tus ojos y tu aliento". La metafísica de Baos Galán: "Llueve Dios su piedad/ volviendo fugitivo lo llorado". El realismo existencial y rotundo de Pascual-Antonio Beño: "Y yo me siento vivo por tu cuerpo". El humanismo y la reflexión de Cano: "Si no tenéis esperanza/ ya estáis del todo vencidos". El verso sencillo y directo de Manolita Espinosa: "Ya quedas/ en la orilla/ del pálido recuerdo./ (¿O acaso en la vertiente/ del nunca volverás?)". El simbolismo cuasimallarmeano de Romero de Avila: "Alzo mi verso, como el que alza el vino". O el lirismo en métrica tradicional de Rafael Simarro: "Tengo el tiempo contado y se me olvida/ que se aprende a morir desde la cuna".

En resumen, nos hallamos ante una obra seria, plural, hecha con honestidad y de edición bien cuidada, donde la buena poesía prevalece sobre algún que otro caso menos feliz y aislado. Un libro interesante y orientador, necesario, sin duda, para el conocimiento de una parte importante de la actual poesía en Castilla-La Mancha.

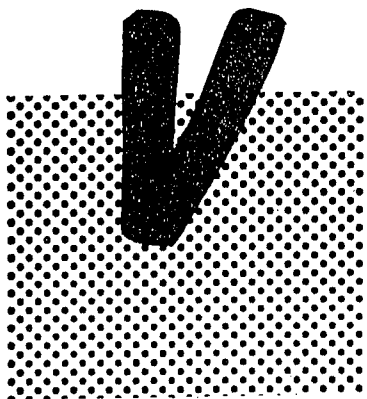
Definitivamente la poesía española ha entrado en su Siglo de Plata.

Antonio GONZALEZ-GUERRERO





UÑA JUAREZ, O., Labrantíos del mar y otros poemas, Editorial Vox, Madrid 1986, 104 pp. 22x16 cm. Prólogo de María Teresa Bertlloni.



iene un nuevo libro, no un libro más de Octavio Uña a traer la inquietud de la tierra en el latido de un corazón. Porque no es castilla, que lo es, "antesala de la voz y el rezo", ese "Campo que canta su verdor y se estremece" con "lo cuerpos y almas que tuvieron, mismamente, la "antigua voz de la tierra". Castilla es lo que ya sabíamos: "sangres del vino y campos de la harina, vientre y mujer, tan secretísimo filón", donde el poeta nos habita.

Su primer volumen en la luz ya fue de agua. Luego recorrió las edades de la tierra, sus soledades, su memoria, sus mediodías, echó un ojo al ave y cantos al escorial. Ahora, poeta mesetario como él gusta decirse, ha tomado una salida al mar y lleva su verbo cálido y su construcción pasional a un territorio de fabulación mítica, pero amorosa. Pasa el mar por este Poemario como labrantíos de Campos, con recurrencias de Aliste o Alba. Palabras de la honda tierra espumas del ancho mar son. Y hasta la metáfora del adobe construye una realidad de playa. Es Octavio tan sólo igual a sí mismo.

Hay una depuración constante en la obra de Uña. Reduce todo lo posible el verbo poético, hasta dejarlo en los puros aromas del verso. Y es en Labrantíos del mar y otros poemas donde el poeta mesetario, con castilla metida en el pecho, alcanza una cumbre en esta feliz operación depuradora, pura esencia del idioma. Labrantíos del mar... consta de tres partes estructuradas del mar a la meseta y de la meseta al día. Amplia la primera, da título al libro; las otras dos, no menores, lo apellidan con la metáfora.

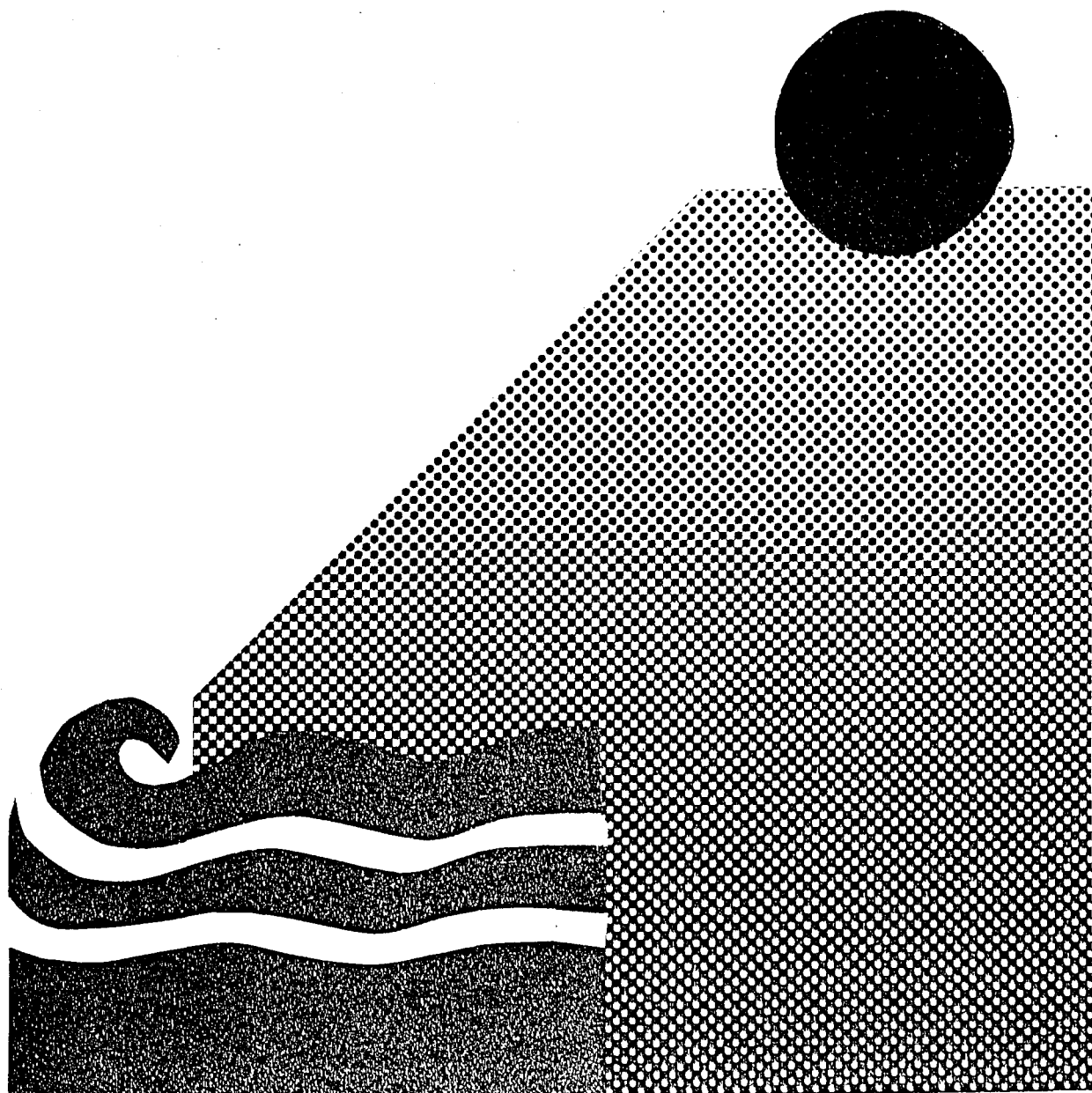
Esta magia de la metáfora castellana, que es, sin duda, la metáfora por excelencia en el idioma español, prende los gozos del mar, fecunda proas, cuelga sueños en cada jarcia y se hace salinamente un pez. Luego el poeta vuelve al quehacer familiar y enhebra unos cantos de la Meseta, que recorre, desde Sahagún a Despeñaperros, pasando por la Alcarria. Aquí está Angélica. Sobredicha. Dicha en el temblor de la tierra y en la fe del espíritu hecha. Aquí está Castilla, "como rumor o canto al paso tan seguro de los siglos", la tierra por definición, donde el poeta "es" y "habita".

Es poeta este filósofo, ensayista, catedrático y soñador. Y hablar de su poesía es tentar el impulso vital, la sangre inspirada. Es la sorpresa del perfume y el látigo, lectura de la miel. Y es, acaso no es necesario más,

"Acto e incendio  
por su pecho y dicha".

El dominio del lenguaje, los secretos de la metáfora y de la simbolización, la intuición, el pensamiento profundo atraviesan estas páginas, que, como señala la florentina María Teresa Bertelloni, Catedrática de Filología y Literatura hispánicas en la Universidad de Puerto Rico, dicen de un extraordinario creador y pensador, que es Octavio Uña.

Pedro LAHORASCALA



## SIETE LIBROS ALINEADOS EN NUESTRO VASAR

1 »

FIGURACIONES, Manuel Ríos Ruiz, Colección Juan Alcaide de poesía, Valdepeñas, 1986.

Con este libro el poeta de Jerez, que fuera ya en 1970 Premio Bóscan de poesía y en 1972 Premino Nacional de Literatura, obtuvo en 1985 el "Premio Internacional Juan Alcaide", que concede anualmente el Ayuntamiento de Valdepeñas. "Figuraciones" es una colección de poemas de variada temática en los que la realidad y la imaginación se conjuntan profundamente. Con un lenguaje muy rico Manuel Ríos Ruiz nos da pruebas una vez más de ser uno de los escritores líricos del momento actual con más capacidad de sorprendentes y hondos sentimientos.

» 2

ANTOLOGIA POETICA, Vicente Núñez, Puerta del Mar, Málaga, 1987.

El autor de "Ocaso en Poley" aparece en esta selección confirmándonos radiantemente que su voz es una de las más puras y firmes de la poesía escrita en Andalucía y desde Andalucía. Multiplicado en su voz, como se ha dicho, nos muestra en este libro que su estética va más allá de lo andalucista. Leer este hermoso libro de Vicente Núñez es asistir a un glorioso prodigio de poesía intransferible.

3 »

NOCION DE REALIDAD, Carlos Vitale, Olifante, Zaragoza, 1987.

Carlos Vitale, un italiano de Buenos Aires o un bonaerense de todas las Italias, es uno de los escritores más permanentemente activos del panorama poético de ahora mismo. Licenciado en letras por las universidades de Buenos Aires y Barcelona (Filología Hispánica y Filología Italiana), ha publicado "Códigos" (1981) "Variaciones" (1984), siendo además autor de numerosas traducciones de poesía italiana, entre las cuales destaca una selección de los "Cantos Orficos" de Dino Campana. Es la suya una poesía sentenciosa y firme, llena de sugerencias, sencilla y natural, a través de cuyas imágenes hay una inquietante búsqueda de la luz, de toda la luz, convencido como está Carlos Vitale, con Eugenio Montale, que se necesitan demasiadas vidas para conseguirse siquiera sea una sola, o como él mismo afirma "aún no es de día en la noche entera". "Noción de realidad" es un bello libro de poesía que hace honor a la prestigiosa colección que dirige en Zaragoza Trinidad Ruiz-Marcellán.

» 4

TOTEN, Rosa Díaz, Colección Poetas Contemporáneos, Caja de Ahorros Provincial San Fernando de Sevilla, 1986.

Rosa Díaz es todo el resplandor del sur alborotado y mágico, la celebración de una estética que subyuga y desconcierta. Rosa Díaz



toma entre sus manos toda la danza y la convierte milagrosamente en rito, en provocación, en plegaria y en ofrenda. Rosa tiene ya otros muy hermosos y desnudos libros publicados; "Con las manos abiertas", "La Célula infinita", "Casacripta", "Cantábile"... Rosa Díaz viene de universos y de tiempos muy hondos y misteriosos. Y escribe con el resplandor ennortando el pensamiento de su fiebre inmensa y desabrochada. Tal vez por eso es capaz de decir versos como estos: "La noche tiene un cuarto creciente en un pecho, y en el otro un pistoletazo a media altura", o "en qué marco te escondo si no es en la tristeza que te roza". Leer a Rosa Díaz es creer a pies juntillas que la palabra nos llega de remotas vibraciones y nos salva de la limitación. Muchas gracias, mujer. Ella ha dicho de su propia obra, y es verdad, que "su misión consiste en unificar la vida y la muerte como algo irreversible, y conseguir un nexo de síntesis y belleza".

UN DESIERTO POBLADO DE PRESENCIAS; María Pilar de Ibarra, Colección "Altazor" de Poesía, Madrid, 1987.

María Pilar de Ibarra sabe bien a donde tiene que ir, y se encamina hacia allá con lúcida sabiduría. Ella llega hasta su primer poemario desde la experiencia de la vida interior, palpitándole cada palabra entre los labios del alma. María Pilar de Ibarra conoce la ruta del espíritu, y oye la voz del silencio. Sólo con una sensibilidad tan exquisita se puede construir un poemario como este. "Un desierto poblado de presencias" tiene dos partes: la primera, un puñado de resonancias íntimas en el tono del "Cantar de los Cantares" bíblico, muy oracional y ahondador; la segunda, un alegato de poesía caso social, de hermosa y clara rebeldía, profético y en cierto modo restallante. María Pilar de Ibarra es consciente de que únicamente pasando por la experiencia mística del "desierto" se puede vislumbrar más allá de la soledad la luz.

SONATA-ADIOSSES, Manuel J. Ruiz Torres, Cuadernos de Al-Andalus, Algeciras, 1987.

El presente libro hace el número tres de la cuidada y rigurosa colección poética que dirigen en Algeciras Domingo F. Faílde y Manuel Naranjo. Su autor ha escrito; "Cartas a Clara Schumann", "Con Nicaragua" y "Del goce y la dicha". En 1980 fue incluido en "Qadish: muestra de la joven poesía gaditana". "Sonata-Adiosses" es un poemario en el que el lenguaje y la simbología escudriñan en la hondura de la experiencia amorosa, de la soledad, el desencanto y el placer, con una maestría singular, mezcla de ternura, ironía y desenfado cordiales, entre lo fotográfico, lo narrativo y lo lírico a la vez, muy propios del último modo de experimentación poética. Manuel J. Ruiz Torres se revela como un excelente escritor.

LABRANTIOS DEL MAR Y OTROS POEMAS, Octavio Uña, Editorial Vox, Madrid, 1986.

El profesor y poeta Octavio Uña, una de las voces más importantes de la poesía mesetaria actual, es el último de los "comuneros" líricos de Castilla, el precursor de cuantos tienen que estar ya viniendo



por las cuatro esquinas extendidas del paisaje castellanos a través de una poesía que se está necesitando. La cosa empezó en el 98, y Uña Juárez está cada vez más comprometido en seguir echando a volar los pájaros infinitos de sus palabras, desde El Escorial, desde su Ciudad del Ave, de la mano de Angélica, labrándole al mar su escritura de las piedras, de las ciudades, del lenguaje, del brillo de miel, gloria sellada, de Brime de Sog, su pueblo, la luz, la tristeza, la muerte, la gloria, el amor. Octavio Uña tiene la capacidad de situarse ante la tierra como frente a una mujer o como si fuese a besar el grito parturiento del agua, del mar. La castilla de Uña está abierta al mar. El mar para Uña es el símbolo de lo inefable. Es un rotundo poeta que ha roto con casi todos los adjetivos para definirlo.

Valentín ARTEGA.

